

Cosas que decidir mientras se hace la cena

Maite Núñez



EDITORIAL BASE

MAITE NÚÑEZ

Cosas que
decidir mientras
se hace la cena

EDITORIAL BASE

COLECCIÓN BASE NARRATIVA HISPÁNICA

PRIMERA EDICIÓN: FEBRERO DE 2015

© MAITE NÚÑEZ

© DE LAS CARACTERÍSTICAS DE ESTA EDICIÓN:

EDITORIAL BASE

CALLE BREDÀ, 7-9 · 08029 BARCELONA

WWW.EDITORIALBASE.ES

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

FLOR EDICIONS, SL

DIRECCIÓN:

SANTI SOBREQUÉS I SORIANO

COORDINACIÓN EDITORIAL:

DAVID ALIAGA MUÑOZ

ISBN: 978-84-170-6468-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

A las mujeres que no lo consiguieron, a las que sí y a las que lo siguen intentando.

A los amigos que siempre creyeron, a pesar mío, que este libro llegaría. Ellos saben quiénes son.

A mi padre, que no lo ha visto, ni tantas otras cosas.

A mi hermana y a mi madre, por ser y estar.

A Luis y a Víctor, sin más.

*Mi única obsesión es el pasado
cuando emerge como un fantasma
de alas contrahechas
Y mi vida se alimenta
de esos desperdicios de la memoria
Y aunque el viento pase
y desdibuje el mundo
ahí está él como una piedra milenaria
sin desbastar
Sin embargo amo esos días
en que el fuego de un Prometeo intemporal
irradia en mis huesos
y me rehace*

«Contradicción», Miguel Barnet,
del libro *Mapa del tiempo*.

*... pero es que contra el viento,
es más heroico fracasar.
Dudar de todo es un comienzo
digno del mejor final*

«El heroico fracaso», David Moya,
del disco *Negativos latentes*.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Citas

Cosas que decidir mientras se hace la cena

Reciclaje

El plano de Londres

Dry martini

Todos los seres queridos

¿Guardan las cenizas memoria del fuego?

Asimetría

Planes de futuro

Miopía

Pelo, pestañas, cejas

En el semáforo

Panorama desde Primrose Hill

Liturgia para mujeres despechadas

Mudanzas

Zona de sombrillas

COSAS QUE DECIDIR MIENTRAS SE HACE LA CENA

En ocasiones, Emma Menner sueña que cae al vacío. No es un sueño original, figura en todos los manuales de interpretación de los sueños, y en el caso de Emma no suele presentar variantes remarcables: Emma camina por algún sitio indeterminado cuando, de repente, deja de haber tierra bajo sus pies y cae sin remedio. Los tobillos se le tornan frágiles, como si los tuviera de cristal y corrieran el riesgo de romperse al llegar de nuevo al suelo. No obstante, no encuentra obstáculos en su caída, y eso —que, según los manuales, es bueno— deja a Emma siempre que lo sueña muchísimo más tranquila.

Esa misma sensación de fragilidad, una especie de vacío universal, le ha embargado hoy durante toda la mañana y permanece aún todavía, por la tarde, mientras prepara la cena que compartirá con Enrique. Emma está convencida, sin embargo, de que esa sensación no tiene nada que ver con el hecho de que crea que Enrique le vaya a plantear de nuevo la pregunta, y menos aún con el hecho de que en las últimas horas ella haya reconsiderado su respuesta. Hasta ese momento su «No» había sido materia innegociable. Para no darle demasiadas vueltas al asunto, durante las horas de trabajo en la biblioteca Emma ha centrado sus pensamientos en el menú de la noche, de esta noche de viernes, preludio en los últimos tiempos de fines de semana domésticos, casi conyugales, con Enrique.

Emma duda entre un entrecot y una lasaña de rape para el segundo plato. Enrique come mucho. A Emma a veces le parece que tenga la tenia. Engulle. A su madre le gustaría Enrique, a su madre le gusta la gente que come mucho. En cambio, Leszek, en el tiempo que compartieron en Londres, comía muy poco.

Dejó de ver a Leszek un veintitrés de diciembre de hace once años, cuando ella subió al avión que la devolvía a casa después de todo un curso

académico.

—Te llamaré —le dijo ella.

—O ya lo hago yo. —La sonrisa de Leszek permaneció en el aire mientras ella se alejaba cada vez más por la puerta de embarque.

Pero pasaron aquellas Navidades y ella no lo hizo. Y tampoco Leszek. Pasaron diez Navidades más y ella seguía demasiado ocupada como para llamar a Leszek.

En esos once años, Emma acabó la carrera, obtuvo un buen trabajo, se mudó de ciudad, estudió un máster, cambió de trabajo, se compró un piso, viajó, salió con hombres a los que siempre acababa despachando sin razón aparente. Conoció a Enrique. Salió con Enrique.

Enrique no es como Leszek. Enrique es un hombre hecho y derecho, quizás sea más atractivo, más alto que Leszek, pero no es Leszek. Leszek le adivinaba el pensamiento. Tenía una nariz enorme. Le susurraba al oído palabras en polaco que no entendía pero que le humedecían los lóbulos de las orejas. Leszek tenía las manos fuertes y hacía crujir los nudillos a menudo. A ella eso le daba mucha rabia, pero nunca se lo dijo. Estaba muy colada por Leszek, pero tampoco se lo dijo. Así que cuando años más tarde Enrique la miró un día como pidiéndole la llave de su casa, Emma se vio volando sobre una urbanización de adosados idénticos, con tejados rojos y chimeneas de estilo inglés para que entrara Papa Noel en Navidad y trajera regalos a un ejército de niños.

Emma descarta la lasaña de rape para el segundo plato y decide que preparará una crema tibia de verduras de primero. Saca judías verdes, calabacines, calabaza y puerros de la nevera; le quita las hebras a las judías, pela los calabacines y la calabaza y corta el tallo sobrante de los puerros. Emma duda entre trocear las verduras primero y luego lavarlas, o primero lavarlas y después cortarlas. Finalmente las lava primero, pero entonces se da cuenta de que no le queda crema de leche y decide que con las verduras hará una menestra para el día siguiente.

El calor de la tarde de verano y el de la vitrocerámica han creado un microclima en la cocina, el vapor es un remedo envidioso de la niebla

londinense, pero Emma ni lo percibe; en cambio, esta tarde los colores de la casa han adquirido para ella una intensidad inusitada, hasta diría que huelen: huele el amarillo de las cortinas, el azul del sofá, huele incluso el blanco aséptico de los muebles de la cocina. Cuando compró el estudio, le había gustado en especial la minúscula cocina porque le recordaba la de la casa londinense para estudiantes de Mrs. Reeves. En ella no podía haber dos personas a la vez, a no ser que, como a ella y a Leszek, no les importara estar tan juntos que no pudiera distinguirse quién era quién en la maraña de brazos, mientras trajinaban al unísono con ollas y platos, sartenes y cubiertos.

Emma mira el reloj. Enrique tarda. Trabaja demasiado. Es demasiado responsable, demasiado razonable. Enrique es demasiado demasiado. A Emma le viene a la mente el día en que conoció a Enrique: él acudió a devolver un libro a la biblioteca, estaba fuera del límite del tiempo de préstamo y lo sabía. Y en lugar de disimular como hacía la mayoría de usuarios, Enrique asumió su falta y se mostró muy azorado. Emma sintió compasión y le perdonó la multa. Recuerda que el rubor de Enrique le produjo cierta ternura, la misma que sentía ahora al evocar aquel primer encuentro.

«Está bien —conviene Emma—, le diré que sí». En la plancha, el entrecot aún está demasiado crudo. «Total, quizás sólo consista en dejarle un lado del ropero. En hacerle un hueco en el armario del lavabo para la espuma de afeitar. En tener que conceder algún partido de fútbol que otro en la tele. En comprar más carne que verdura. En reunir para la colada mi ropa y la suya. A enterrar mis discos de Hall & Oates bajo su colección de Peter Gabriel y Sting».

Llaman al timbre. Emma apaga el fuego y abre. Es Enrique. Entra y ella lo recibe con un beso de oficio, casi funcionarial.

—Hola, bonita. Si me hubieras hecho ya una copia de las llaves no te tendría que molestar con el timbre.

Enrique entra y tira su cartera encima del sofá. Cuando llega el viernes se apaga el interruptor que hace funcionar al Enrique eficiente de la primera parte de la semana. Parece mentira que haya desplegado tanta energía desde el lunes comprando y vendiendo activos, asesorando empresas, haciendo cálculos. Se

deja caer como un fardo en el sillón y se afloja la corbata. Enrique siempre lleva corbata los días laborables. A la madre de Emma le gustaría Enrique. A la madre de Emma le gustan los hombres que llevan corbata. Emma lo mira y confirma su creencia de que llevar traje en verano no es nada conveniente, Enrique suda como un verdadero cerdo.

—¿Qué tal, cómo ha ido el día? ¿Te apetece una ensalada de queso y nueces de primero?

—Cualquier cosa que hagas irá bien. ¿Sabes qué? He comprado unas acciones de Telecom.

—Qué bien. —Emma supone que debe alegrarse.

Sobre la marcha Emma va haciendo una ensalada con lo que encuentra: lechuga iceberg, tomates *cherry*, nueces, queso gruyer. Prepara una vinagreta de mostaza. Vuelve a encender el fuego. El entrecot lleva su tiempo, tal vez debería haber pensado en algo más ligero.

—¿Quieres que te ayude? —ofrece Enrique.

—Alcázame esos canónigos. —Ella señala hacia la barra que separa la cocina de salón.

Emma no puede negar que su relación con Enrique ha alcanzado notables índices de intimidad. Una no deja que cualquiera le ayude en la cocina. Esto, hasta el día de hoy, no ha sido suficiente para que Emma deje de postergar continuamente su decisión. Fue el sábado anterior la última vez que, comiendo, Enrique había vuelto a sacar el tema.

—Emma, aún no me has dado una respuesta.

—¿Una respuesta a qué? —Emma se limpió la comisura de la boca con la servilleta.

—A lo de vivir juntos. Emma, creo que estamos bien juntos. Y ya no tenemos edad de jugar a los novios, cada uno en su casa.

—A mí no me disgusta.

—Ya veo. A ti nunca te disgusta nada.

Enrique se equivocaba. A Emma le disgustaba cuando Leszek hacía crujir los nudillos. Pero nunca se lo dijo. Estaba loca por él, pero tampoco se lo dijo.

Emma apaga el fuego y da el último toque a la ensalada.

—Bien, ya está todo. Cenemos.

Antes de que Emma acabe de sentarse, Enrique ya ha empezado a comer, ataca por el entrecot.

—Recuerda que mañana cenamos con Pedro y Elisa Medalho.

—Ay, no... ¿Es necesario?

—Pedro es mi jefe, Emma —Enrique se sirve un vaso de vino—. Es un compromiso, pero es necesario, o al menos digamos que es conveniente.

—¿Y no podrías ir tú solo? Ya sabes lo poco que me gustan estas cosas...

—Ya te lo he dicho, es un compromiso. No te lo pediría si no fuera necesario. Ponme un poco de vinagreta en la ensalada, por favor.

Enrique mastica las palabras a la vez que la comida: sustantivos, la carne, adjetivos, la lechuga, verbos, el pan, parecen formar todos parte indisoluble de una misma bola. Emma deja el tenedor en el plato. Mira el reloj. Recuerda que allá, en Londres, es una hora menos.

*

«Cosas que decidir mientras se hace la cena» recibió el 1^{er}. Premio en la XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa Tomás Fermín de Arteta, Fundación Bilaketa de Aoiz, 2007.

RECICLAJE

Entras por fin en casa y cierras la puerta tras de ti. Ha sido un día largo. Se te ocurre de pronto que perder a alguien de la familia conlleva una operación de reciclaje, algo así como sacar la basura de casa, como deshacerse de lo que sobra: lo orgánico en el contenedor marrón, el plástico en el amarillo, el azul para el cartón.

Dejas la urna sobre la mesa del comedor, cualquiera la podría confundir con un jarrón, bastaría con quitarle la tapa, ponerle flores, unas rosas tal vez, es una posibilidad que te planteas, ya lo decidirás, de momento necesitas descansar, no pensar más en lo que ha sucedido, ni en el accidente, ni en la llamada, ni en la carrera al hospital. Pesa mucho el guardarte para ti que él no iba solo en el coche, haber descubierto que tu marido te engañaba. Tal vez un día conozcas al viudo de ella. Eso pasa en una película, recuerdas, mientras te pones una copa: Harrison Ford y Kristin Scott Thomas.

Te llama tu madre, quiere saber si estás bien, está preocupada. Estoy bien, madre, le dices, pero no es cierto porque tu marido, maldito estúpido, ha muerto dos veces para ti en el mismo día. Te pregunta qué vas a hacer con las cenizas. Aún no sabes, quizás lanzarlas al mar, contestas mientras haces que brindas a su salud. También tendrás que hacer algo con su ropa, con sus cosas, menciona. Ya lo pensarás. Y vuelves a decirte: lo orgánico en el contenedor marrón, el plástico en el amarillo, el azul para el cartón.

Dejas la copa, buscas algún cigarro olvidado por los cajones; *voilà*, uno que ocultaste para fumártelo a escondidas en una ocasión como esta. Te sientas en el sofá y aspiras el humo con denuedo. Miras a tu alrededor, ya no quedan ceniceros en la casa. Mierda de vida sana. Miras la urna, lo dudas un instante, te levantas y la coges. Te vuelves a sentar. Abres la tapa, das una última y profunda calada al cigarro, luego lo lanzas allí dentro, no se te había ocurrido antes: jarrón, cenicero... al final hasta te resultará útil: una urna multiusos. Lo

dices en voz alta, quizás logres convencerte a ti misma.

Luego te levantas para dejarla en la mesa de nuevo. Tropiezas tontamente. ¿Quién ha puesto esta silla aquí en medio?, te dices. Logras esquivar la mesa, pero la urna resbala de tus manos, sale disparada, no la has tapado, qué tonta. No se rompe, es dura, menos mal, aún puede hacer de jarrón, de cenicero, pero entonces ves todo aquel barullo gris rociando el parqué, setenta y cinco kilos de cabrón adúltero esparcidos por el suelo. Recobras el equilibrio, respiras hondo. Calma, te dices. No es más que ceniza. Te preguntas si le desvistieron antes o si le dejaron la ropa. Si aún llevaba la alianza puesta, o aquel reloj tan caro.

Va a ser difícil, te dices, muy difícil, mientras vas a buscar la aspiradora. La enchufas, te remangas y suspiras; le das al *start*. Intentas adivinar cuánto de aquello irá al contenedor azul, qué parte al amarillo, cuánto al marrón.

*

«Reciclaje» fue galardonado con el 1^{er} Premio del VIII Certamen de Relatos para Leer en Tres Minutos Luis del Val, Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2011.

EL PLANO DE LONDRES

Nico abrió la puerta de la casa a su padre con la habitual desgana. Elías llevaba una carpeta entre las manos, un portadocumentos que Nico no recordaba haberle visto nunca. El hombre extendió los brazos para que su hijo de quince años se fijara bien. Su figura se recortaba contra un horizonte dramático, en el que el sol ya no era más que un filamento inflamado. Acompañó su gesto con una gran sonrisa, la sostuvo más de lo normal. A Nico, visto así, le recordó un vendedor de enciclopedias.

Nicolás estaba acostumbrado a esas visitas vespertinas e inoportunas de Elías; se repetían muy a menudo desde que sus padres se divorciaran seis meses atrás. En cada de unas esas ocasiones, la madre de Nico solía alegar repentinas urgencias: un ingrediente que faltaba para la cena, una visita inexcusable al médico, un familiar enfermo a quien prodigar cuidados, así que Nico y Elías se quedaban solos en la casa, como invitados rezagados de una fiesta en decadencia. Nico simulaba estudiar, ordenar su armario, incluso leer el periódico mientras su padre permanecía sentado o se dedicaba a deambular por la casa como un fantasma.

En las últimas visitas, Elías había traído a su hijo algunos regalos, objetos que Nico consideraba desatinados e inútiles: una caña de pescar, unos guantes de boxeo... Nico los había ido acumulando en un armario del garaje. Pensó que la carpeta era uno más de esos rancios y evitables premios de consolación.

Se apostó en el quicio de la puerta y cortó la entrada a su padre ejerciendo de guardia insobornable, el felpudo de la entrada un paso fronterizo; más allá de la figura encorvada de Elías, el perfil afilado, distante, de la ciudad empezó a difuminarse.

—Estoy estudiando —dijo Nico por todo saludo; las venas de sus sienes demostraban vida propia.

Elías miró por encima del hombro de su hijo, pasillo adelante, hacia el interior de la casa. Ignoró el comentario franco y disuasorio del chico. Luego preguntó:

—¿Está tu madre?

—No —cortó Nico.

Elías esbozó una mueca de disgusto; al chico le halagó el desencanto de su padre, como si cada pequeña decepción de Elías significara una medalla en su particular y adolescente cuenta de triunfos.

—Vengo a despedirme —dijo Elías, y su voz quebrada causó en su hijo una impresión lastimera.

—¿Y cómo es eso?

—¿Puedo pasar? —Elías enarboló la carpeta como un salvoconducto—. Te enseño esto y te lo explico.

Nicolás se hizo por fin a un lado; el brazo —una barrera de ferrocarril— bajó recto e implacable. No era una claudicación; esa concesión le hacía, de algún modo, importante; era su manera de expresar que era él quien llevaba las riendas en esos encuentros.

Elías entró; Nico lo siguió hacia el interior de la casa; le dio la impresión de que su padre caminaba con torpeza, como si le apretasen los zapatos. El hombre entró en la cocina. Dejó con delicadeza la carpeta sobre la mesa, como si fuera de cristal en lugar de cartón.

—¿Cómo va el colegio? —se interesó.

Nico odiaba esas preguntas triviales en las que su padre parecía haberse especializado, ese intercambio de consultas sin sustancia que escatimaba en sentimientos, que no le aportaba las explicaciones que él esperaba. Así que hizo como si no le hubiera oído y el silencio luctuoso entre ambos agrandó la cocina.

Luego tomó asiento, apoyó los brazos en la mesa; se atrincheró detrás de un periódico atrasado, fingía leerlo, pero observaba a su padre de soslayo: Elías también se había sentado, miraba inquisitivo a su alrededor; Nico esperó algún comentario, sabía que buscaba alguna primicia, algún renovado mueble de cocina, enseres recientes que le proporcionasen un tema de conversación

inédito. Le pareció que su padre aguardaba alguna muestra de interés por la carpeta, así que bajó el periódico con mundanidad impostada.

—Está bien, ¿qué es eso que tienes que contarme?

Su tono era admonitorio, no curioso, como si el padre fuera él y Elías su hijo: un adolescente díscolo al que reprender por alguna travesura. Al momento vio resucitar en el rostro de su padre la sonrisa displicente y artificial de vendedor a domicilio.

—Verás —dijo Elías—, he pensado en irme a vivir a Londres algún tiempo, nada definitivo, ya sabes... ver Buckingham Palace, Downing Street y todo eso...

—¿A Londres? ¿Qué se te ha perdido a ti en Londres?

—¿Y por qué no? Tiene que ser un lugar de grandes oportunidades.

—¿Y el idioma? ¿Qué hay del idioma? Tú no sabes inglés, Elías.

—Bueno, qué más da, ya aprenderé, o quizás no lo necesite. Y te agradecería que no me llamaras Elías, aún soy tu padre.

—Sí, eso es, mi padre...

—Sí, eso es, tu padre...

—... Un padre que sólo viene de visita... —Nico lanzó el periódico de un manotazo al otro lado de la mesa.

—Eso no es cosa mía, habla con tu madre, lo dijo un juez...

—... Un padre que se fue un día de casa...

—¿Hubieras preferido vernos siempre discutiendo?

—... Un padre que no me ha dado nunca ninguna explicación...

—Nicolás, hijo —Elías se levantó de la silla y se acercó al muchacho—, ¿crees que para mí está siendo fácil?; ten la certeza, algún día lo entenderás.

Nico estaba seguro de que no, de que no lo entendería nunca. Se levantó y se acercó a la nevera, por hacer algo; la abrió y eligió un refresco sin convicción, la luz interior parpadeaba, convertía el frigorífico en una región inhóspita. Dudó un instante, pero después cogió una lata de cerveza y se la ofreció a su padre. Elías le dio las gracias, la abrió y le dio un primer trago, largo y curativo, y se limpió los labios con el dorso de la mano, luego se acercó a la nevera y la abrió de nuevo.

—¿Cuánto hace que está estropeada esta luz? —preguntó Elías, empleó un tono profesional, como si la conversación anterior no hubiera tenido lugar.

—No sé —admitió Nico—, no me he fijado. —Las cuestiones domésticas acababan siempre por aplacar los enfados.

—Si quieres la puedo arreglar, puedo venir mañana al salir del trabajo. — Elías dio otro sorbo pausado. Se le quedó un filamento de espuma en un extremo de la boca.

Nicolás percibió que la cerveza tenía ese poder, que podía adoptar para su padre la categoría de compañera de confidencias.

—No creo que mamá lo considere oportuno —le dijo.

—Tu madre no tiene por qué enterarse. Luego le dices que lo has hecho tú. Puedo venir mañana a esta misma hora. No tendré muchas más ocasiones. Ya te he dicho que he venido a despedirme. Seguro que es la bombilla, traeré un recambio y la dejaré colocada, serán dos minutos.

Nico le dijo que sí. Días atrás había consentido que arreglara el grifo del cuarto de baño: había empezado a gotear de improviso, la savia del hogar perdiéndose por el sumidero; la semana anterior también le había permitido arreglar la puerta de su cuarto: los goznes habían padecido un repentino descuadre. Fue una época en la que se sucedieron en la casa pequeñas averías, penurias domésticas que, de no subsanarse, podían resquebrajar la solidez de la vivienda.

—¿Y vas a dejar tu trabajo? —fue la siguiente pregunta del chico.

Elías trabajaba desde hacía años en la portería del edificio Moka, un despropósito de doce plantas de oficinas y apartamentos en el centro de la ciudad. Arreglaba calderas, repartía el correo, ese tipo de tareas.

—Bueno, verás, ya no es tan buen trabajo. En Londres puedo encontrar algo mejor. Tengo contactos, ya sabes, esa gente importante que vive en el edificio Moka. La señorita Elke, por ejemplo, la que trabaja para Forbes, el millonario, ya sabes..., puede encontrarme algo.

Nico vio cómo su padre se frotaba la pechera de la camisa, le faltaba un botón y tenía otro a punto de desprenderse. Luego le siguió con la vista cuando se dirigió a la mesa y abrió la carpeta; notó que las manos le temblaban; Elías

sacó un papel doblado, lo fue desplegando con mimo. Aunque no había estado allí nunca, Nico reconoció el plano de Londres. Elías lo extendió sobre la mesa, semejava un Olimpo de colores, su viveza aliviaba la congoja de la formica blanca.

Elías sonrió, acarició el plano con las dos manos para alisarlo. Nico se acercó, le pareció que el mapa se hacía más grande, como si al extenderlo por completo la ciudad misma se alzara y cobrara vida, un mundo sin estrenar ante los ojos de ambos.

—Ven, ven, acércate, mira —dijo Elías, señalaba un punto en el plano—, aquí está el British Museum, y esto..., esto verde que se ve en este lado es un parque, a ver... sí, mira, es Hyde Park.

—¿Y ya tienes casa allí?

—Bah, según me han dicho es fácil encontrar alojamiento; en la zona de la estación Victoria —apuntó con el dedo a una zona indeterminada del mapa— hay muchos hoteles. Ya me estableceré, no me preocupa.

Nico quiso creer firmemente que la perspectiva del viaje de su padre era sólida, que no era un farol, una estratagema para que la idea de su marcha le ablandara, una coartada para que le conmutara la pena, el ostracismo paterno al que le tenía confinado.

Elías volvió a sentarse, tosió tapándose la boca con la mano, luego se frotó los brazos como si tuviera frío. A continuación se quitó las gafas con un movimiento que a Nico se le antojó inmensamente lento y se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Sin las gafas, a Nico la mirada de su padre le pareció agotada y su rostro más sombrío.

—¿Te importa que vaya al lavabo? —dijo Elías.

Nico negó con la cabeza y volvió a refugiarse en el periódico; sin embargo, las letras impresas habían dejado de tener para él significado alguno, ya no, no después de haber oído esa pregunta, «¿te importa que vaya al lavabo?», como si la derrota, la rendición de un hombre pudieran concentrarse en esa única frase.

Le vio subir las escaleras. Hacía un año que Elías había pintado la barandilla de blanco y en la madera empezaban a amarillear algunas clapas.

Pasado un rato Nico consultó su reloj, le pareció que su padre llevaba demasiado tiempo en el lavabo. Reprodujo su recorrido y se acercó a la puerta del baño, de puntillas, pensó en una escena funesta en la que un adolescente encuentra a su padre en el suelo, abatido por algún súbito ataque al corazón. Pero no era así, la puerta estaba entreabierta, Elías se afeitaba, usaba una maquinilla que se dejó al irse de la casa, tenía el pelo mojado, como si acabara de bañarse. No llevaba la camisa puesta y en lugar de vestir su pantalón se cubría de cintura para abajo con una de las toallas de la casa. Nico vio su ropa apoyada con descuido sobre un taburete. Le estremeció el deslizar de la cuchilla por la barba encanecida.

Cerró los ojos para no ver más. Las visitas, los extraños regalos —ahora lo pensó— tal vez donados por generosos vecinos del edificio Moka, la ducha necesaria, el afeitado furtivo. Fue como si todo se desvelara de repente: puede que alguien más joven ocupara ya su puesto en la portería del Moka, lo vio dormir tal vez en una cama hecha de cartones, beber vino barato en lugar de cerveza.

Cuando Elías bajó, Nico ya estaba de nuevo en la cocina, quiso simular que observaba ensimismado el mapa de Londres, aquel entramado laberíntico de calles y expectativas. Elías llegó, sonriente, renovado, sin justificar su tardanza.

—¿Qué? —le dio a su hijo una palmadita en la espalda—. ¿Vendrás a visitarme en las vacaciones del colegio?

Pero Nico no contestó. Entonces sí, miraba hipnotizado el plano de Londres, como si desbrozando el nombre de las calles pudiera adivinarse el futuro. Quiso creer firmemente que en algún punto entre Russell Square y Market Place podría encontrar la respuesta a sus preguntas. Calles, parques y avenidas como rayas de la mano donde leer el porvenir.

*

«El plano de Londres» resultó finalista en el XXXVII Certamen de Relato Corto Hucha de Oro, FUNCAS, 2012.

DRY MARTINI

Camila tiene trece años y ha heredado de Gloria, su madre, sus enormes y preciosos ojos como nenúfares negros y una natural disposición para gustar a los hombres. Camila podría haber dicho qué había heredado de su padre si la propia Gloria hubiera llegado a saber alguna vez quién, de entre los muchos candidatos, tenía el honor de ser el padre.

Gloria trabaja en un roñoso bar de carretera con moqueta rojo raído, olor a moho y pachulí, anunciado por un incandescente farolillo rojo colgado en la puerta.

Mientras sirve a los clientes, Gloria apura sus *gin-tonics* con la expresa promesa de pasarse enseguida al *dry martini*, porque ha visto en una película americana que es más fino y su Camila, cuando pueda sacarla de aquella covacha, será una señorita que beberá *dry martinis* en fiestas de sociedad.

A la niña su madre la llamó así por Camilo Sesto, que siempre le había gustado mucho, incluso cuando se dejó la barba para hacer de Jesucristo Superstar.

—Eso sí que es un hombre, y no estos mastuerzos de pueblo, estos viejos piojosos.

Eso sí, Gloria reconoce que los mastuerzos de pueblo son tipos de ley que dejan buenas propinas. Qué le va a hacer, les tiene cariño.

Camila pasa las horas muertas bostezando y haciendo crucigramas del *Hola*, que dan mucha cultura.

—Palabra de ocho letras: mujer que trabaja como camarera y puta.

—Cameruta.

—Me vale.

A veces, sale del local para hacer recados para los parroquianos que, a fuerza de tiempo, son como de la familia.

—Niña, vete a por Hemoal para el señor Méndez, que viene que no se

puede ni sentar.

De camino a la farmacia, Camila se para en el quiosco y se compra unos fascículos de la serie *Aprenda-usted-informática-en-dos-días-y-sin-necesidad-de-ordenador*.

Gloria siempre le recuerda que no tardarán en marcharse.

—Niña, prepara la maleta, que por Navidad nos iremos.

Pero en noviembre, el señor Méndez se queda viudo y a Gloria le da no se qué dejarlo tan solo en unas fechas tan señaladas.

—Niña, prepara tus cosas, que antes del verano ya nos habremos ido.

Pero en mayo al señor Gambino le expropian las tierras y no tiene donde dormir, y Camila vuelve resignada a sacar el cepillo de dientes del neceser.

Y los días fluyen allí dentro, rojos y densos como lava.

—Niña, subo a la habitación a charlar con el señor Milar. Atiéndeme el bar, que no tardo.

Y, Camila, como si no supiera de qué va la cosa, suspira y se sirve un *gin-tonic*, que es el destino triste de aquellas que sueñan con dejar de encender los farolillos rojos.

*

«Dry martini» quedó finalista en el IV Certamen de Relatos para Leer en Tres Minutos Luis del Val, Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2007.

TODOS LOS SERES QUERIDOS

El timbre sonó cuarteando el aire de la casa. Irene Sims abrió la puerta con recelo, como si en vez de a la canguro fuera a encontrar a un vendedor a domicilio. La muchacha no tendría más de veinte años, pero la avalaban los De Vito y los Voilà y un sólido currículum como niñera. Más allá de la figura de la chica, en el escaso jardín, las hojas del magnolio flameaban con el sol del mediodía. Irene cerró los ojos, herida por el fulgor, y la imagen de un quirófano cruzó por sus pupilas empañando la mañana.

—Melisa —se presentó la chica.

Irene forzó una sonrisa que tensó con dolor las comisuras de sus labios, como una caritativa mentira sobre su estado de ánimo. Luego le tendió una mano floja, como si temiera contagiarle su reciente enfermedad.

—Adelante. Te estaba esperando.

Buscaban niñera para Phileas, un querubín de cuatro años que se pasaba el día dibujando. Dibujaba osos, jirafas, leones. Delfines, sobre todo. Bosquejaba las siluetas y luego los coloreaba con tonos enérgicos. Habían pensado incluso en contratar a algún joven estudiante de arte para ayudarle con su habilidad artística, esa tierna y recién adquirida destreza con el lápiz. Phileas dibujaba con sus trazos de niño de cuatro años, emborronaba hojas que luego decoraban la casa, colgaban de la nevera, de la puerta del jardín, de las paredes de su habitación. Irene miraba esos folios y se enorgullecía de su niño, de su singular talento, le perdonaba sus errores con veneración materna, como si de verdad creyera que estaba destinado a ser un virtuoso artista.

—¿Cuándo me vas a pintar un retrato, Phileas? —era la frase recurrente de Irene.

Se hizo a un lado para que Melisa entrara. La chica vestía un traje anticuado y circunspecto que la hacía mayor. Una joven con apariencia de catedrática de lenguas muertas. Irene se sintió con derecho a mirarla con

descaro, como si la estuviera preparando para un interrogatorio policial. Al cabo, si no encontraba nada en contra de ella, iba a dejar a su hijo en sus manos. En un par de días le cedería el usufructo filial, como si el pequeño fuera una valiosa y codiciada propiedad. Si superaba la prueba, podría laurearla con el dudoso diploma de madre suplente.

—¿Pasamos al salón? Estaremos más cómodas.

Señaló pasillo adelante. Tuvo que esquivar un patinete. Languidecía en el suelo, como la carcasa de un gato moribundo.

—Como quiera. Gracias.

Había concertado la cita por teléfono; no debía preocuparse —le había dicho—, se trataría únicamente de un encuentro informal, un ligero intercambio de impresiones, nada que ver con las entrevistas de trabajo a las que estaba acostumbrada. Trabajaba como responsable de Recursos Humanos en una multinacional, toda una maga de la psicología corporativa. Dirigía sus huestes con implacabilidad militar. Estaba habituada a despedir a la gente; lo hacía con crueldad y desapego, sus palabras modelaban un desalmado discurso de tiburón.

Antes que a ella había entrevistado a Gloria Klein. Su currículum era portentoso, una virtuosa de la pedagogía, pero contra todas las normas de la puericultura, Gloria Klein fumaba, las yemas de sus dedos unas deladoras. La agencia le había enviado después a Clara Bay. A ella la había descartado por su exceso de peso. No era discriminación, era sólo que le espantaba confiar el niño de sus ojos, los principios de su alimentación, a una prodigiosa diva de la glucosa.

Phileas, el niño, apareció en el recibidor. Arrastraba un cuaderno de dibujo y un pincel destilando un líquido rojizo. Había dejado un reguero en el suelo del pasillo, como la baba de un caracol. Irene se agachó para ponerse a su altura y le acarició la cabeza.

—Phileas, cariño, vuelve al salón. Después seguimos pintando, ¿de acuerdo?

El pequeño se encogió de hombros. Luego desapareció hacia el interior de la casa, siguiendo aquel rastro sanguinolento.

—Es Phileas —dijo Irene.

Luego la condujo hacia el salón, sorteando la estela de pintura. Las piernas le flaqueaban, le crujían los huesos, cada paso una sentencia. Su figura había menguado, como si las últimas pruebas médicas la hubieran empequeñecido. Se dijo que en adelante tendría que hacer más deporte. Luego la idea cayó de su pensamiento como las hojas de un calendario.

Le indicó que se sentara en un sillón. Ella se arrellanó en una esquina del sofá, como si a esa hora del día ya estuviera cansada. Contempló el salón, hasta hacía unos días el epicentro de su prosperidad doméstica, su marido y su hijo ejerciendo de magos de la felicidad. Pero ahora un niño de cuatro años mancillaba las alfombras persas con pequeñas pozas de pintura, la mesa de centro convertida en el minúsculo estudio de un pintor tenaz y liliputiense. En el resto de la casa, los juguetes se esparcían sin rubor por las habitaciones, tercios y abandonados, como una incontrolable plaga infantil.

—Le gusta mucho pintar —dijo Irene.

Pero no intentaba justificar aquel desaguisado. De repente carecía de prejuicios domésticos, la cadena de prioridades se había alterado con la urgencia de un tsunami, descascarillando aún más su maltrecha coraza.

—Está bien que los niños tengan inquietudes artísticas —contestó Melisa.

—Va a pintar un retrato mío.

Entonces le señaló los cuadros que colgaban de las paredes del salón, un repertorio ensimismado de retratos, el elenco póstumo de todos los seres queridos.

—¿Alguna vez te han pintado un retrato?

—¿Cómo? ¿A mí? Nunca. —A Melisa le impacientó el rumbo errático de la entrevista.

—Phileas me pintará hoy uno, ¿verdad, cielo? Luego lo colgaremos donde quede bien.

Se dirigía al niño, pero Phileas no le hizo caso. Pintaba sobre la mesa de centro, protegida con racanería por gurruchos de papel de periódico. Mojaba el pincel en un vaso con agua y rellenaba de color las figuras de dos delfines plateados y escuálidos.

La chica miró su reloj. Irene reparó en los rasgos de su cara. Consideró que iba maquillada en exceso, como una reina del carnaval. La imaginó arreglándose cada mañana ante el espejo, con su derroche de colorete. Probablemente —pensó— tendría un novio que la esperaría a la salida de sus guardias infantiles. Se preguntó si la habría traído en coche a su entrevista.

—¿Le parece que hablemos del trabajo? —urgió Melisa.

—Desde luego. ¿Te apetece un café? —ofreció.

—No se moleste, gracias. Me gustaría que habláramos del trabajo.

—¿Prefieres un té?

—De verdad. No se preocupe. No me gustaría robarle demasiado tiempo.

Tiempo. Era algo de lo que ya no dispondría. El lunes siguiente la operarían. Un cirujano con dedos de prestidigitador la privaría de su carcomido pecho. Luego vendrían semanas, meses, de despóticos tratamientos: agujas, punciones, náuseas y pelucas revoloteando como pájaros de mal agüero sobre su apacible vida de adosado.

—Está bien.

Irene miró hacia el techo, como si las palabras que necesitaba pronunciar pendieran de la lámpara. Tragó saliva y la implacable jefa de Recursos Humanos se hizo humo.

—Verás, necesitamos a alguien que se ocupe un tiempo de Phileas. —Remarcó ese «un tiempo», como para convencerse a sí misma de que todo iría bien.

A continuación le explicó que iba a estar ocupada unos meses, no consideró oportuno entrar en detalles, decirle que estaba enferma, que podía no superarlo.

—¿Cuántos años tiene Phileas?, ¿cuatro? —preguntó la joven, lo hizo con la curiosidad profesional de un entomólogo.

—Cuatro, eso es, tiene sólo cuatro años, así que necesitamos a alguien de confianza. La agencia no nos ha enviado a nadie de nuestro agrado. Los DeVito nos han hablado de la temporada en que cuidaste del pequeño Lucius.

—Así es. Lucius, un niño encantador. Tenía problemas con el inglés. Ahora saca unas notas excelentes.

La canguro abrió su bolso. Extrajo de él un folio mecanografiado, doblado por la mitad. Irene observó cómo lo alisaba. Luego se lo tendió.

—Aquí están mis credenciales —dijo—. Como verá, tengo experiencia con niños de esa edad.

Irene lo cogió y le echó una ojeada, un listado de referencias impecables, el informe de una estrella de la didáctica.

—Ya veo, sí. —Quiso hacer ver que revisaba el documento con criterio pericial, pero, ante sus ojos, las palabras se disgregaban como confeti.

Se levantó, dejó el folio en el sofá y abrió la ventana del salón de par en par. La piscina reverberaba con la luz de la mañana. Llegaba el verano y a ella le estaría vetado el sol, una mujer hinchada y calva hibernando en la oscuridad de su guarida.

Respiró hondo y volvió a sentarse. Vio cómo la chica ponía las manos sobre las rodillas. Adivinó un pasado de colegio religioso.

—¿Tú sabes nadar?

—¿Nadar? —preguntó perpleja—. Sí, claro...

—Pues yo no. He vivido siempre en esta casa con piscina y no he aprendido nunca a nadar. Me da miedo el agua, ¿sabes? ¿Crees que estaría a tiempo de aprender ahora? —Lo dijo con desesperanza.

La chica cambió de posición en el sillón, incómoda.

—Entonces, entiendo que me necesitaría por la mañana y por la tarde, ¿es así? —quiso cambiar de tema.

—Exacto. Mi marido viaja mucho por negocios. ¿Te he dicho ya que es abogado? Tu trabajo consistiría en ocuparte del niño en lo básico. Llevarlo y traerlo del colegio. Acompañarlo al parque. Jugar un rato en casa, leerle un poco. El baño. Puede que en alguna ocasión te pida que lo acompañes si tiene alguna visita en el médico, que lo ayudes con las manualidades.

—Y ¿podría adelantarme hasta cuándo me necesitará? ¿Será algo temporal? —preguntó Melisa.

Le irritó la insistencia de la niñera, como si quisiera recordarle que su horizonte se agotaba en un quirófano verde, entre agujas y goteros.

—No lo sé. ¿Es tan importante?

—Verá, comprenderá que quiera hacerme una composición de lugar.

—¿Composición de lugar?

—Tengo otras ofertas.

—Te pagaré el doble.

—Aun así, tengo que saber cómo puedo disponer de mi tiempo.

—Está bien, temporal, sí, será temporal. En cuanto pueda volveré a ocuparme yo personalmente de mi hijo. —Hablaban con voz aflautada, temió que la joven percibiera el temblor de su barbilla.

Desde el diagnóstico no había dejado de hacerse preguntas sobre el pequeño. ¿Podría verlo crecer? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Quién le atendería si a ella le pasaba algo? Tendría que delegar el cuidado de Phileas, como se encomienda la colada de la semana a una lavandería, el niño de sus ojos acunado por brazos extraños.

Espantó esos pensamientos con un movimiento de cabeza.

—Y, ¿dibujar? ¿Sabes dibujar? Si vas a cuidar de Phileas sería conveniente que supieras dibujar.

—En la Facultad aprendí varias técnicas de dibujo: carboncillo, pastel, cera...

Irene suspiró. Pensó en Gloria Klein, en Clara Bay. Temió haber sido injusta con ellas. Escarbó en los minutos que llevaban juntas, pero no encontró ningún pecado que reprochar a Melisa, ninguna mancha que la descabalgara del podio de su particular *ranking* de niñeras.

Quiso creer que su hijo iba a estar en buenas manos. Intentó evitarlo, pero comparó sus próximas semanas con las de la joven. Ella pasaría el lunes siguiente por el quirófano. Luego empezaría un tratamiento largo y torturador. Se pasaría la mayoría de días acostada, arrugada en el sofá, como si sólo pudiera vegetar. Sembraría el suelo de la casa con luctuosos mechones de cabello que caerían como hojas caducas. Y luego ¿qué?

—Phileas es un niño muy adelantado para su edad. Pero necesitará mucha dedicación.

—Entiendo —interrumpió la chica—. Puede confiar en mí.

Entonces la joven recitó los logros que había obtenido. Le habían

entregado pequeños y dislocados ejemplares infantiles y ella había devuelto a sus padres criaturas perfectas y domesticadas. Enumeró los satisfactorios avances en la pronunciación de Martha Méndez, una pequeña con la lengua de estropajo, los progresos con el cálculo mental de Matías Kuhn, el díscolo hijo de Berta y Fiodor Kuhn.

El niño abandonó la mesa y se acercó a su madre para enseñarle el dibujo. Irene le arregló la ropa. Llevaba la camiseta por fuera y los pantalones se le habían bajado hasta la cadera.

—A ver, cielo... ¿es mi retrato?

El niño negó con la cabeza. Irene sostuvo la cartulina entre sus manos, la alejó de los ojos para verla mejor. Reconoció un par de delfines sonrientes y plateados.

—Es muy bonito, cielo. Pensaba que me ibas a pintar un retrato.

El niño asintió. Luego, con premura infantil, le pidió un vaso de leche.

—Está bien, cariño, voy a buscar un vaso de leche a la cocina.

Luego se dirigió a Melisa y le rogó que la disculpara.

—Voy a buscar la leche. ¿Te importa quedarte aquí un momento con Phileas?

—Claro que no.

—Traeré también un poco de café. Y no te preocupes por tu tiempo. Te pagaré toda esta hora.

En la cocina llenó un vaso con leche. Lo calentó en el microondas. Luego se entretuvo preparando una cafetera. Dispuso una bandeja con dos tazas. Sacó unas pastas de té. Era una buena anfitriona. Una buena madre.

Decidió que cuando Melisa se fuera haría de modelo para su hijo. Se pondría muy seria. Vería cómo Phileas deslizaba la mano por el papel. Desde su posición no distinguiría sus progresos, pero elucubraría sobre ellos, imaginaría antes de verlo su retrato, el amoroso punto de vista filial. Si le pasaba algo, ¿qué le quedaría a su hijo de ella?

Le pareció que la chica hablaba con alguien. Quizás la hubieran llamado por teléfono. Aguzó el oído pero sólo le llegaron susurros. Desistió de entender nada. Entonces cerró un armario con estrépito. Quiso hacerlo. Podía

ir y decirle que no les hacía falta una niñera, que ella iba a estar en condiciones de cuidarlo, que asistiría como una madre amorosa y solícita a todos los eventos en la vida de su hijo.

Cuando volvió al salón, Melisa se había arrodillado sobre la alfombra, junto a Phileas. Dibujaban sobre la misma cartulina. Le sorprendió la camaradería con la que trabajaban juntos. A la chica le habían bastado diez minutos para familiarizarse con el niño. Se había desprendido de su encorsetada chaqueta y sus zapatos yacían abandonados a un lado como dos pájaros muertos.

Irene no supo qué hacer con la bandeja. Miró a su hijo. Quiso imaginarlo con veinte, treinta años, pero sólo pudo pensar en una casa sin ella, vacía de la madre y de la esposa. A continuación fijó la vista en la galería de los seres queridos buscando un rincón, el trozo de pared donde anidaría su retrato. Luego, con un hilo de voz, anunció:

—Chicos, he vuelto. Hacedme un sitio.

¿GUARDAN LAS CENIZAS MEMORIA DEL FUEGO?

El primer lunes de las vacaciones, Rita, su mujer, le anunció que se iba a vivir con un tal Walter. Le explicó que era uruguayo y que tenía el pelo moreno, como si en ambas condiciones residiera la clave para haber decidido marcharse con él. Añadió que lo sentía mucho y, también, mientras abría la puerta de la habitación, que esperaba que fuera feliz.

Llevaba puesto un vestido estampado, con flores grandes, rojas y verdes, muy escotado, que Adrián Kessler no supo reconocer, aunque, a decir verdad, eso le pasaba a menudo, el mirar a su mujer y no saber si la ropa que llevaba era nueva o no, o si el peinado que lucía era liso o rizado, si era diferente o el mismo que el del día anterior. Lo último que Adrián vio de ella fue su culo redondo alejándose por el pasillo; Rita le recordó de pronto a alguna rutilante estrella italiana de cine, ese estilo de hembra desdeñosa y carnal, Mónica Bellucci o Sofía Loren en su época de esplendor. A Adrián Kessler le había parecido que veía a Rita por primera vez, allí delante, como si fuera una desconocida, protagonizando una estampa sobrenatural. Luego permaneció inmóvil, sentado a los pies de la cama, deseando en vano que la puerta se abriera otra vez y dejara pasar a su mujer, arrepentida y entregada de nuevo a él. Para entretener la espera, empezó a imaginarse que todo era un sueño y que, en realidad, despertaría como siempre a la mañana siguiente al lado de Rita. Tal vez, se dijo, ocurría simplemente que esa tarde había bebido demasiado.

Las horas siguientes las pasó frente al espejo. Le buscaba significado a cada una de las marcas que descubría en su rostro, aunque la barba en aumento le dificultara la tarea; estudiaba la aparición de nuevas arrugas que pudieran orientarle sobre su futuro, como si fueran los anillos concéntricos que indican la antigüedad de los árboles. A ratos, se sentaba en un extremo del sofá, frente

al televisor, y utilizaba distraídamente el mando a distancia mientras sentía en el cuerpo un vacío que en algunos momentos confundió con el hambre.

El martes a mediodía decidió que ya era hora de ducharse, pensó que el agua fría le ayudaría a salir de aquel letargo; luego abrió la nevera para hacerse una composición de lugar; Rita le había dejado comida preparada, varios de sus platos favoritos hibernando en el congelador. Ello le hizo albergar esperanzas sobre su retorno, pero esos pensamientos se derritieron pronto, rendidos al calor fugaz del microondas. Por la tarde empezó a vaciar los armarios de las cosas que Rita no se había llevado: ropa, abalorios, cosas que ella y su cansancio habían ido desechando. Las fue disponiendo sin demasiado criterio en contenedores de diversos tipos: cajas de cartón, bolsas de deporte, incluso el carro de la compra. Luego les tocó el turno a las estanterías de los libros: apartar y empaquetar los que fueran de Rita. Empezó por los estantes más altos. Se entretuvo hojeando algunos de los libros que Rita había aportado a la casa por si encontraba algún mensaje entre sus páginas, algo que le ayudara a comprender lo sucedido, pero eran libros mudos, inocuos, sin dedicatorias ni notas en los márgenes, sin mensajes colegiales escondidos en sus páginas: libros sin alma, como la propia Rita, concluyó Kessler.

Tardó más de dos horas en llenar un par de cajas con los libros de ella. Las precintó sin gran esmero. Supuso que Rita enviaría a alguien, quizás al propio Walter, a buscar las cosas que había dejado en la casa. Se sentó sobre una de las cajas y encendió un cigarro. El humo ascendió en espiral hacia los estantes superiores, esclarecidos, huérfanos de las pertenencias de Rita. Luego se levantó, apagó el cigarro aplastándolo en un cenicero, aún no lo había apurado; después siguió mirando los volúmenes, títulos familiares, otros no tanto, algunos que no recordaba haber tenido nunca; fijó su atención en uno con el lomo de un verde tenue. Lo cogió, echó un vistazo a la portada. Tuvo que abrir la primera página para recordar que se trataba de un libro que Irene Sims le había prestado en alguna ocasión remota. Se volvió a sentar, la caja estaba

combada allí donde antes había dejado reposar su peso. Se sintió extraño, le vino de nuevas eso de pensar en Irene. Había olvidado por completo que tenía ese libro, como había olvidado a la propia Irene. Consideró el hallazgo del libro una señal, como un anuncio de agua en el desierto, o el folleto de una agencia de viajes que se encuentra en el buzón cuando no se ha hecho ningún plan para el verano.

Adrián Kessler e Irene Sims habían sido compañeros de universidad. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? ¿Diez?, ¿doce?, ¿quizás quince años? ¿Viviría todavía en San Cayetano? Repasó con avidez las hojas del libro, un manual universitario, cualquiera hubiera dicho que buscaba en ellas la fórmula para disipar la mala racha; revisó las notas al margen, resiguió la letra de Irene —¿sería de ella?— con los dedos. Sí, sí debía de serlo, su nombre escrito en la primera página del libro, la dirección de la gran casa familiar de San Cayetano anotada con esmerada caligrafía, como una sucinta tarjeta de presentación.

Entonces lo recordó, se acordó de la carta. Eso era. Irene le había escrito una carta cuando estaban a punto de acabar el último año de universidad. ¿Qué había hecho con ella? ¿La conservaba? ¿Dónde había ido a parar? En ella —Adrián había empezado a reconstruir la historia— Irene le declaraba su amor, confesaba con desenvoltura juvenil y suicida que prefería correr el riesgo de perderle como amigo a seguir disimulando y también que entendería que él no volviera a dirigirle la palabra.

A Adrián todo esto —recordó— le pareció entonces un folletín de un romanticismo infantil, una retahíla de cursilerías, un suceso inesperado que vivió con perplejidad. Por un instante pensó incluso que era alguna broma de algún compañero de clase, pero era su letra, la letra de ella: así que enseguida estuvo seguro, no había posibilidad de que fuera la chanza de otro.

Adrián guardaba poca conciencia de lo que había pasado después, no la había llamado, eso creía. De hecho, no la volvió a ver más que de lejos —eso era, sí— por los pasillos de la facultad, esos primeros días de verano en que los estudiantes acudían a conocer las notas de los últimos exámenes. No hubo más llamadas, ni más cafés compartidos en bares de estudiantes, ni más

complicidades académicas, y el alejamiento que Irene temía se hizo patente. Luego vinieron otras ciudades, algunas mujeres. Llegó Rita.

Rita, al principio, era tímida, callada, opaca frente al brillo olvidado de Irene Sims. Se conocieron en el bufete de Adrián, y al poco ella se instaló en el piso de él, por una temporada, dijo, hasta que se hizo para Kessler una presencia acostumbrada, lo mismo que las cortinas de una habitación, o que un cuadro en el comedor o el espejo del lavabo. Un día, mientras se afeitaba, Adrián Kessler se dio cuenta de que llevaba una alianza en el dedo anular.

Apartó las cajas a un lado. Subió a la buhardilla. Allí guardaba multitud de papeles de años atrás, apuntes de estudiante, documentos domésticos, recibos, facturas, todo clasificado: manías de la ordenada Rita. Era la habitación más cálida de la casa, Adrián sudaba rebuscando sin tino entre cajas y carpetas. Encima de un armario encontró lo que buscaba sin saberlo: la orla de la facultad, minúsculos rostros desvaídos sobre fondo blanco. Pasó la manga por encima del cristal para quitar el polvo que la cubría. Allí estaba su foto, en la letra ese, Irene Sims con birrete. Tuvo que entornar los ojos para verla mejor. ¿Así era ella?, se preguntó. ¿Cuánto de ella habría entre aquellas cajas, agazapado entre aquellos papeles? Dio un vistazo general a aquellos archivadores, hacía mucho que no los abría, tenían algo de ataúdes metálicos; hurgar en ellos requería cierta capacidad para la profanación.

Dejó con delicadeza la orla donde la había encontrado. De pronto hizo un gesto infantil, chasqueó los dedos como si hubiera encontrado la solución a sus problemas. Eso era, se dijo, si salía enseguida podría llegar a San Cayetano en dos, tres horas a lo sumo, justo a la hora de la cena, sería fácil encontrar en casa a Irene. La buena de Irene.

Cogió las llaves del coche y bajó al garaje. No reparó en que no llevaba muda, ni una lata de cerveza, ni una botella de agua para el camino. Condujo con algo que identificó como emoción hacia San Cayetano. La carretera de la costa que recordaba había dejado paso a una moderna autovía. Se dirigía a casa de Irene Sims después de tantos años, sin saber si habría cambiado, si sería bien recibido, o si Irene le habría olvidado, como si todo ese tiempo no significara nada. A medio camino sonó su móvil.

—Ahora no puedo hablar, Rita, estoy conduciendo.

—¿Conduciendo? ¿Vas a algún sitio?

—Me dirijo a San Cayetano, Rita.

—¿A San Cayetano? ¿Qué tienes que hacer tú en San Cayetano?

Kessler se tomó su tiempo para contestar. No quería que su respuesta sonara ridícula, ni a mentira hiriente o vengativa.

—Voy a visitar a una vieja amiga.

—¿Una vieja amiga?, ¿qué vieja amiga? Es igual, déjalo, mira, no quiero entretenerte. Llamaba para avisarte de que mañana pensaba ir a casa... bueno, a tu casa... a recoger mis cosas y, verás, preferiría que no estuvieras. Aún tengo mi llave. Luego te la puedo dejar en el buzón, si quieres.

—Claro, claro —trataba de comportarse como un hombre de mundo, comprensivo y distante ante la adversidad—, no hay problema. Con toda probabilidad mañana todavía estaré en San Cayetano. Tú misma; de hecho, ya he ido empaquetando algunas cosas tuyas: ropa, libros...

—Oh, vaya, no tenías que haberte molestado... Adrián, verás..., siento como han ido las cosas...

—Oye, Rita, ¿desde cuándo tenías esos discos de Marwan? También he encontrado algunos de Luis Ramiro, de Damien Rice, ¿son tuyos o míos?

—Oh, vaya, Adrián, ¿ni siquiera ahora eres capaz de afrontar los problemas?

Cuando llegó a San Cayetano, el cielo viraba a azul cobalto. Aparcó el coche a dos números de la dirección que figuraba en el libro, una calle ancha en una urbanización de casas exentas y desiguales. Descendió, se puso el manual verde bajo el brazo. Allí estaba, reconoció la casa. Entonces sí, recordó muchas tardes de estudio en la habitación de Irene, en el jardín, junto a la piscina. Se detuvo un momento y respiró hondo. Luego avanzó hacia la valla, abrió a hurtadillas la puerta del jardín; luego se giró para cerrarla, con cautela, acompañando el picaporte hasta el final. Se llevó una mano a la boca

para ahogar un golpe de tos. Las piernas le temblaban y en el estómago notaba cierta desazón deshonrosa.

El jardín conservaba en lo básico el aspecto con el que había empezado a recordarlo durante el trayecto y pensó que tal vez nada habría cambiado: los macizos de hortensias algo asalvajados, la alfombra de césped depauperada. Lo atravesó como un delincuente, se puso al cobijo del magnolio, cerca de la ventana del comedor.

Desde detrás del magnolio, se dijo, podría observar el interior del comedor a través de la gran ventana abierta. No le sonaban los muebles y la disposición de los objetos le hablaba de unos nuevos habitantes. A pesar de ello, esperó. La mesa estaba preparada para la cena. Contó platos y cubiertos para tres personas. Kessler no sabía bien qué esperaba ver, quizás nada, podía ser que Irene ya no viviera allí, tal vez incluso que hubiera muerto. Un accidente, una fatalidad. Tantos años daban para mucho.

Encendió un cigarro. Volvió a toser. Si comprobaba que aún era esta la casa en la que Irene vivía, si la veía a través de la ventana, entonces llamaría a la puerta. Le explicaría que venía a devolverle el libro, sería la excusa, ella le invitaría a entrar y él le diría con total sinceridad que no había dejado de pensar en ellos dos durante todo ese tiempo.

La camisa se le había empapado en sudor, se le pegaba al cuerpo como el papel de aluminio. El verano había llegado endiosado, a esa hora todavía se dejaban abiertas las ventanas de las casas; a los jardines asomaba una sinfonía de platos, de televisores encendidos como fondo de las cenas familiares. Le había empezado a doler la cabeza, se tocó la frente y notó algunas décimas, le pareció que se encontraba en cierto estado de convalecencia.

Entonces la vio, a Irene, había entrado en el comedor, era ella, sin duda, su físico apenas maltratado por la madurez. Adrián, viéndola, no encontró argumentos para explicarse por qué la había rehuído después de la carta. Se limpió el sudor de las manos en los pantalones, pensó que antes de sentarse a la mesa a cenar con Irene debería lavárselas. Se preguntó para quién sería el tercer cubierto.

Irene se acercó a la mesa, llevaba una fuente de comida. Kessler tapó la

lumbre con la mano izquierda para no delatar su presencia. Luego cambió de idea y dio un paso para salir de su escondrijo, pero se detuvo en seco. En el comedor había entrado un hombre, no era mucho mayor que él mismo, vestía de forma deportiva y parecía alegre. Kessler no lo conocía; hizo repaso mental de las fotos de la orla, pero no halló conexión alguna; el hombre se acercó a Irene por detrás, la agarró por la cintura y la besó en el cuello. Ella se giró y lo abrazó, luego le quitó un mechón de pelo de la frente y le besó en la boca.

Kessler sintió una quemazón en las yemas, el cigarro se estaba consumiendo entre sus dedos, tuvo que morderse la lengua para no gritar de dolor, la colilla cayó al suelo y la aplastó contra la grava. Irene salió del comedor, en cuestión de segundos volvió a entrar acompañada de un niño. Kessler le calculó unos cinco años, aunque podía equivocarse, no tenía gran idea sobre niños. Luego se sentaron todos a la mesa, el hombre y el pequeño daban la espalda al jardín, a Irene la veía de frente, hablaba a ambos con una sonrisa en los labios. Así que tiene un hijo, se dijo Kessler. Un niño. Un marido, los años, las cosas compartidas que todo ello implicaba. Parecía que Irene contaba con todo lo necesario para tener algo bastante parecido a un hogar.

Entonces se preguntó qué hacía él allí, tal vez levantar acta de que Irene era feliz y no lo necesitaba para nada. Después de todo posiblemente ella no pensaba ya en él, no se piensa en las cenizas, se dijo, pero ¿acaso no guardan las cenizas memoria del fuego?

Miró la tapa del libro, lo más probable es que Irene se hubiera comprado un ejemplar posterior, una nueva edición que volver a llenar de notas.

Salió de detrás del magnolio y se acercó a la piscina. Se quitó los zapatos, los calcetines, le quemaban los pies; empezó a sentirse ridículo, pero ya no le importaba que lo descubrieran. Se sentó en el borde, sumergió los pies, la frescura del agua le aportó algún alivio. Acarició la cubierta del libro, la notó tersa, igual que imaginó ser la piel de Irene; miró la hoja garabateada con el nombre de ella, su rúbrica adolescente. Se la acercó a la nariz y aspiró su aroma. Después, de improviso, lanzó con fuerza el libro al agua: describió una parábola muda hasta estrellarse en la superficie con violencia líquida; luego el

manual permaneció allí en medio, en el centro de la piscina, con la ilustración de la portada hacia arriba. Se mecía con el leve vaivén del agua, pero no se hundió en ningún momento.

*

«¿Guardan las cenizas memoria del fuego?» resultó finalista en el LVI
Concurso de Cuentos de La Felguera, 2011.

ASIMETRÍA

Me siento en el sofá, miro la tele. Bebo whisky con hielo, aunque no debería. Cambio de canal compulsivamente, la luz de la pantalla rebota en la ventana. Me hundo en los cojines. Tras unos minutos me paro en un programa. Es la final de un concurso de *misses*. Veinte chicas, jóvenes y con pocas luces, desfilan en traje de baño. Me inclino hacia delante para verlas mejor. Las hay rubias, morenas, blancas, negras, de ojos azules, verdes. Son tan diferentes. Y sin embargo, me digo, hay algo que las asemeja. Son esas dos condecoraciones que lucen todas, esas hermanas gemelas, dos cúpulas vaticanas superlativas y simétricas. En conclusión, me digo, dos mierdas de tetas siliconadas y falsas. Levanto el vaso y brindo por ellas. Que gane la mejor. O no, que gane la más tetuda.

Cambio nuevamente de canal. Me quedo en las noticias. No os creáis. Porque el presentador está macizo. Guerrashambresdesahuciosmásguerras. ¿Y qué hay de mí? Yo también libro mi propia guerra. Noticias de sanidad. El macizo afirma que hay problemas con ciertas prótesis, su mala calidad las ha vuelto nocivas. Muchas mujeres han solicitado que se las extraigan. Me imagino a decenas, centenares de mujeres con pechos que explotan y quedan en nada. Y me alegro. Que se jodan. Por gilipollas. Levanto el vaso. También brindo a la salud de ellas.

Miro el reloj. Es hora de dormir. Me voy al lavabo con el vaso. Preparo la caja azul. Me sitúo frente al espejo. Me quito la blusa. Desabrocho el sujetador. Extraigo de su copa izquierda la pirámide blanda y aterciopelada que hace invisible mi asimetría a los ojos de los demás. La dejo en la caja. Le doy las buenas noches. La quiero y la odio. Observo en el espejo la línea violácea que adorna mi torso. Notifica que allí antes hubo alguna otra cosa. Aprieto los ojos. Pienso en *misses* y cirujanos plásticos. Luego apuro la bebida y dejo que el cubito se derrita, como si le diera la oportunidad al hielo

de recordar el agua que había sido.

*

«Asimetría» fue galardonado con el 1^{er} Premio del V Concurso de Relatos Breves del *Diari de Terrassa*, 2014.

PLANES DE FUTURO

Maya visitaba a Vera dos veces por semana, como si ensayara con ella una madrugadora y solidaria campaña de beneficencia. Vera no era una vecina de recursos limitados a la que ceder la ropa de invierno que ya no se usa, sino su hermana menor, así que le correspondía velar por ella. Vera había enviudado hacía poco y sofocaba su pena con una constante y pertinaz cruzada de limpieza general en su trastocada casa. Era el tiempo en el que el lazo entre Maya y Enzo, su marido, se deshacía como el hielo, y ella precisaba de la tragedia de Vera para hacer de su pena algo llevadero. A veces, le hacía la compra, la ayudaba con los dormitorios, hacía las camas que sus pequeños sobrinos, Abel y Martina, se empeñaban con idéntica perseverancia en mantener desordenadas. Otras, fregaba los suelos ajedrezados del piso de arriba. En algunas ocasiones, Vera ignoraba su esfuerzo y volvía a pasar la desabrida fregona por los mismos espacios, frotando con denuedo, como si la tristeza pudiera diluirse en el cubo del agua. De vez en cuando, Vera insistía en ventilar el despacho de Bruno, su difunto marido, preservado como un santuario, pero Maya la cogía con suavidad por el brazo y la obligaba a dar la vuelta, como si el dolor —el de ambas— fuera un tumor extirpable y pudiera quedar allí dentro enclaustrado. Luego, Vera la conducía a cualquier otra habitación, al comedor, a abrillantar la cristalería heredada de la madre de Bruno; al jardín, a recoger con una red los insectos ahogados en la piscina; a la cocina, a vaciar botes de legumbres y de pasta que luego Vera fregaba y volvía a rellenar con devoción de enamorada. Maya la miraba con lástima, con esa compasión que reducía a serrín sus problemas con Enzo. Si a Vera se le caía al suelo algún *fusilli*, algún *rigatoni* y se agachaba a recogerlos, Maya reparaba en sus testarudas ojeras, en sus pómulos hundidos y agotados.

—Vera, querida, pero ¿tú te has visto? Cada día estás más delgada, tesoro. Seguro que no comes nada.

—Claro que como —protestaba Vera—. ¿Y tú? ¿Te sigue haciendo Enzo esos platos italianos tan apetitosos?

Maya notaba que la cara le ardía, pero se alisaba la falda y masticaba una cadena de palabras, ese tipo de respuestas que tejía un caparazón entorno suyo.

—A veces, sólo a veces. Tiene mucho trabajo. Ya sabes. No hay fin de semana que no esté fuera, en algún congreso, dando una conferencia en alguna otra ciudad.

—Pareces más viuda que yo misma —decía Vera.

—Y tú, ¿no piensas quitarte nunca ese camión? Pareces un fantasma.

—No tengo para quien vestirme.

—¿Qué tal para ti misma? Tú al menos tienes los niños. Piensa en ellos, querida.

—A los niños les da igual como yo vaya.

—Y tu pelo. ¿Has visto tu pelo? Está rígido. Parece cemento. —El desaliñado aspecto de su hermana era de esa clase de accidentes que aligeraban su propia desgracia.

—Pero ¿qué más me dará a mí mi pelo? No tengo ganas de ir la peluquería, no tengo ganas de nada. ¿Tú tienes idea de cómo me siento?

A diferencia de otros, aquel verano Maya no viajó con Enzo a los fiordos del norte, ni hubo visitas indolentes a balnearios de moda. En su lugar, ayudó a Vera a arreglar los macizos de hortensias del jardín y a decorar con molduras las habitaciones de los niños. El despacho de Bruno continuó clausurado y las dos hermanas deambulaban a veces por delante de su puerta con idéntica abulia, como si ambas fueran viudas dolientes, como si la viudez fuera un estado compartido. Si Vera le preguntaba cómo le iba con Enzo, no le ponía al día de sus crecientes y punzantes desavenencias conyugales, no quería acrecentar la agotadora congoja de su hermana. ¿Qué derecho tenía ella a hurtarle su pena? En lugar de eso seguía atribuyendo a Enzo precipitados

viajes con finalidad científica o fines de semana de clausura para finiquitar un nuevo libro sobre lingüística encargado por una editorial tan solvente como imaginaria. No lo consideraba una mentira, sino, sencillamente, un piadoso e inocente aplazamiento de la verdad. En otras circunstancias —se decía— le hubiera hablado de los estrenados devaneos de Enzo con sus jóvenes alumnas de la facultad, o de su propia e incipiente inclinación por registrar bolsillos en busca de alguna evidencia de la infidelidad de su marido. Formaba parte del cambio de estación. Qué era un matrimonio sin esas pequeñas discrepancias, sin esas palabras agrias y afiladas. Siendo benévola, podría describirle su matrimonio como un menesteroso organismo en descomposición.

El primer domingo de septiembre, Enzo recogió sus pertenencias. Fue su manera de saldar la cuenta de su percedera vida conyugal. Iba a instalarse, le dijo, en un apartamento cercano a la universidad; se iba a vivir con una alumna de segundo curso de Filología, avalando su condición de infiel. Maya quiso considerar la improvisada mudanza como una borrasca sin importancia, una fortuita llovizna que daría paso de nuevo a un día de bonanza. No vio necesario hacer un drama de ello y, como hasta el momento, tampoco consideró oportuno decirle nada a nadie, ni siquiera a su hermana, dispuesta como estaba a una pantomima del amor. Mientras Enzo acababa de hacer la maleta le dijo:

—¿Volverás para cenar?

—Me parece que no has entendido nada.

—¿Qué es lo que no he entendido?

—Que me voy, Maya, que te dejo.

Inspeccionó el contenido de la maleta. Ella hacía tiempo que no preparaba el equipaje. Ya no viajaban. No hacían nada juntos. Deseó que esa despreciable alumna de Filología encontrara pronto algún otro más joven, un estudiante de Derecho, de Arquitectura tal vez. Quiso decirlo, tratarlo con vileza, causar algún efecto en él. Pero Enzo no se ablandaría. Él cerró su maleta con un golpe y ella se resistió a encajar aquel sonido como un punzante tiro de gracia.

Al día siguiente, Maya compró pasteles en De Vito's, la pastelería que

Enzo y ella frecuentaban los primeros años de su matrimonio. Luego se presentó en la descolorida casa de su hermana. Vera abrió la puerta con su acostumbrado desánimo.

—Pasa, los niños acaban de levantarse.

—Traigo el desayuno. —Maya levantó el brazo para que viera bien el paquete de los dulces.

—¿Tampoco viene Enzo hoy contigo?

Maya argumentó otro académico y precipitado viaje de Enzo.

—De todas maneras —añadió con mundanidad impostada—, ¿quién necesita a los hombres? Yo no, desde luego. ¿Qué tal si preparas un poco de café?

El aroma tenía esa capacidad de alisarlo todo. La viudez de Vera, el reciente abandono de Enzo, se hacían plastilina. La mesa de formica blanca reverberaba bajo la luz cicatera del fluorescente. Maya se sentó en un taburete, frente a su hermana. Sintió ternura, una cierta solidaridad hacia aquella cocina. La casa, en cierta forma, también le pertenecía. Ambas habían conocido tiempos mejores. Paseó la vista por las deslucidas ollas, por los amorosos botes de pasta, pensó que podría disimular la soledad entre los coloridos tarros de mermelada casera. El tintineo de las cucharillas tenía algo de curativo. Le restituía a su propio hogar. La habían destituido como esposa y se recuperaba en casa de su enviudada hermana. Charlaron sobre el colegio de los niños. Abel había aprendido ya a escribir su nombre y Martina empezaría en breve sus clases de piano; luego intercambiaron recetas de repostería que ambas habían ido incorporando a sus respectivas rutinas culinarias. Al rato, los niños aparecieron en la cocina; abrazaron a Maya; agradecieron las chokolatinas aplaudiendo con sus dedos pegajosos. Filamentos de cacao condecorando sus caritas.

—Lavaos las manos —les reprendió Vera.

—Déjalos, mujer, son niños. Los niños son sucios y ruidosos.

—¡Qué sabrás tú de niños!

—Nada, es verdad, no sé nada de niños.

—Maya... —se arrepintió Vera—, no quise decir... yo... Debo de ser una

hermana, una madre horrible.

—Oh, no importa, tesoro, claro que eres una buena madre —la consoló Maya, lo hizo con una condescendencia que reblandecía sus palabras—. Es culpa mía por traer el chocolate.

Encendió un cigarro. Fumaba con fruición. No había conseguido dejarlo. De vez en cuando purgaba sus pecados con parches de nicotina.

—Les hace falta mano dura, autoridad —dijo Vera—. No sabes lo duro que me está resultando todo esto, el tirar adelante yo sola, Maya. Se me hace todo muy cuesta arriba, los niños, su educación. Qué va a ser de mí ahora... —sollozó. Luego se tapó la cara con las manos.

No, era evidente que no. Sus penas no eran comparables. ¿A qué esperaba ella para decir algo? ¿Dónde estaría Enzo en aquel momento? A Maya, en el fondo, la autocompasión de su hermana le traía sin cuidado.

—Pues qué quieres que sea... —Cogió un cenicero y apretó el cigarro contra su superficie aristada. A continuación, mordió con desgana un trozo de pastel.

—Deberías dejarlo. El tabaco, quiero decir —dijo Vera.

—¿Dejarlo? No te preocupes, cada vez que coja un cigarro haré un acto de contrición. ¿Qué te parece? Rezaré dos avemarías y será como si no hubiera fumado nunca. También dejaré de comer pasteles. Puede que perjudiquen mi pobrecito útero.

—A Bruno no le gustaba que yo fumara.

—A Enzo le da igual lo que yo haga.

—No hables así de tu marido. Tienes suerte de tenerlo. Mírame a mí, me he quedado sola.

—A veces es mejor estar sola, créeme.

—Puedes permitirte decir eso porque tú tienes a Enzo —protestó Vera, y su frase revoloteó por la habitación como una mariposa.

Maya sacaba partido de esas conversaciones fraternales. Desmenuzaba la tristeza de su hermana, estudiaba su figura menuda y quebradiza. Hacía que su propio desconsuelo quedara algo más lejos, allá, en los bolsillos de Enzo, en aquel apartamento cerca de la Facultad.

—Escucha, Vera. Tú y Bruno, ¿fuiesteis felices?

—Claro que lo fuimos, vaya una pregunta.

—¿Nunca te engañó?, ¿nunca te dijo que quisiera a otra?

—Claro que no, qué tonterías dices.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Pues porque sí, lo estoy, claro que lo estoy.

A Maya le pareció trivial y estúpida la respuesta de su hermana, le molestó esa superioridad, como si la muerte prematura de Bruno le hubiera de pronto beatificado. Dejaron de hablar. Se guardó su lista de agravios en el pliegue de la servilleta. Oyó el barullo de los niños jugando en el jardín. El sonido que le había sido escatimado en su propia casa. Tal vez unos hijos hubieran suavizado el abandono de Enzo.

Entonces Vera dijo algo. Muy despacio, como si tuviera dificultades para pronunciar las palabras, dijo que había decidido alquilar la habitación que ocupaba el despacho de Bruno.

—¿Has dicho alquilar? —El verbo restalló en los tímpanos de Maya con la terquedad de un martillo.

—No es que me guste la idea, pero lo he estado pensando mucho y no veo otra alternativa.

Vera desbrozó una explicación que contaminó el aire con billetes y extractos bancarios. La casa ostentaba el feo lastre de una hipoteca, los niños necesitaban ropa, material escolar, ese tipo de cosas, de preocupaciones, que Maya ignoraba por no haber tenido hijos con Enzo. Un ingreso extra alisaría en algo su desconsuelo. Maya chapoteó con incredulidad en las palabras de Vera. Las trivialidades económicas no le incumbían, no esa clase de problemas. Escarbó con la cucharilla en el poso del café.

—Yo no voy a usar esta habitación como despacho —justificó Vera—. Bruno era abogado, se traía trabajo a casa, ya lo sabes, el sí le daba un uso. Yo sólo soy un ama de casa.

Luego añadió que iba a poner un anuncio en el periódico.

—¿Un anuncio? —dudó Maya.

—Sí, en el periódico local.

—¿Y a quién piensas alquilar la habitación? ¿Se te ha ocurrido pensar en lo peligroso que puede ser meter a un desconocido en tu propia casa?

—No sé, a algún estudiante, a un médico que se acabe de establecer en San Cayetano, alguna viuda como yo que no quiera vivir sola. La señora Koch, la vecina de al lado, me ha hablado de su sobrino Tobías. No había pensado en ello antes, pero si lo hago me aportará algunos ingresos. Lo necesito. Tengo muchos gastos.

—Parecerá una pensión. Tu casa. ¿Te das cuenta? ¿La vas a alquilar por horas? ¿Qué quieres?, ¿poner un burdel?

Maya se ahuecó el pelo con los dedos. El discurso de su hermana se le había atragantado como la raspa de un pescado. Todos los meses pasados compartiendo penurias domésticas en casa de su hermana se colaban por el desagüe.

—Tendrás que amueblarla, cariño: si pretendes que sea la habitación de alguien te hará falta una cama, un armario... —Respiraba deprisa, convencida de que en algún momento su hermana le diría que todo aquello era una broma, o una equivocación.

—Lo sé, lo tengo en cuenta. Si todo va bien la semana que viene vendrá el camión de las mudanzas. Traerán los muebles nuevos.

Maya hizo como si admirara el esmalte de sus uñas. ¿Dónde estaba la Vera débil y desolada de los últimos meses? ¿Quién la iba a necesitar a ella, a Maya, ahora?

—Primero habrá que sacar los muebles. ¿Qué vas a hacer con ellos? El escritorio, las estanterías, los libros, ¿qué vas a hacer con los libros?

—No sé, puede que los done a la beneficencia. O a una biblioteca, los donaré a una biblioteca. ¿Tú quieres alguno?

—No sé, Vera, ¿de verdad crees que es buena idea?

Maya pensó en los servicios benéficos, ese epicentro de fealdad, pensó en todas esas cosas de Bruno perdiéndose por el sumidero. Al cabo, Bruno estaba muerto. Pero, ¿dónde quedaba ella, su derecho a diseñar planes de futuro indoloros? Durante esos meses anestesiados, la casa de Vera había acogido a Maya con vocación de hospital. Su hermana. Los niños. El tiempo

que pasaban juntos. Las conversaciones. Los suelos. Los insectos en la piscina. La cristalería de la madre de Bruno. Todo eso constituía otro presente. La posibilidad de no quedarse sola. Cerró los ojos. Imaginó lo que vendría después, en el siguiente fin de semana. Vera le pediría que la ayudara a acondicionar el despacho de su marido, a empaquetar los objetos personales de Bruno que ya no fueran a ser utilizados. Abrirían por fin la habitación. El cuarto manifestaría su orgullo herido con quejidos del parqué. Tendrían que limpiar el polvo, abrir las ventanas, ventilar. Guardarían los libros de Bruno en cajas. Lo harían con eficacia militar, luego sacarían herramientas: alicates, destornilladores y martillos; desmontarían las estanterías y la mesa como si fueran cajas de cerillas. Y luego, nada más. Eso sería todo. Abrir y ventilar, que la verdad aflorara, asumir que Enzo ya no iba a volver.

—Pero no te preocupes, tú y Enzo podéis venir cuando queráis.

Maya encendió otro cigarro. Le daba caladas como si le faltara el aire.

—Sí, querida, cuando acabe el libro. Vendremos. Los dos.

En la mesa todavía quedaban restos del desayuno. Fue a morder el último trozo de pastel, pero el pedazo había adquirido la cualidad grisácea y venenosa del tabaco.

Fue a decirlo, quiso decirlo, que Enzo se había ido. Pero para cuando pronunció la frase, las cuatro palabras, su hermana había salido ya de la habitación, en dirección al jardín, guiada por los agudos, alegres gritos de los niños.

*

«Planes de futuro» fue finalista en el XXV Premio de Narración Breve UNED 2014.

MIOPÍA

La lentilla del ojo derecho se le había escondido bajo el párpado superior, así que tuvo que llamar a Tristán para ver si podía ir él a recoger a los niños.

—Es que no hay manera de que la lentilla baje —le dijo, parada frente al espejo del lavabo.

Sujetaba el teléfono inalámbrico con la mano izquierda. Con la derecha se pellizcaba el párpado como si la lentilla fuera un crío dormilón, uno de esos ejemplares de criatura laxa y perezosa a la que hubiera que espolear cada mañana para que se despertase.

Le daba cierto apuro decírselo, porque Tristán siempre había insistido en que dejara las lentillas y se conformara con usar las gafas, como si se tratara de abandonar la bebida o el tabaco. Sí, claro, se decía ella siempre. A Tristán no le gustaban las mujeres con gafas. Olga, la asistente de su bufete de abogados, el zorrón por el que la había abandonado, no llevaba gafas. Tampoco usaba lentillas. Le explicaron los niños que se había operado la miopía. Que la operación la había pagado Tristán. También le habían dicho aquella mañana que acababan de dejarlo. Que Olga se había largado, así que, nada más irse los niños al colegio, había aflorado la alergia nerviosa, aquel tipo de reacción descontrolada y eruptiva que le asaltaba cada vez que sus hijos le contaban alguna noticia sobre su padre.

—¿No se te habrá caído al lavabo?

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? Me hubiera dado cuenta —protestó.

Pero mentía. Alguna vez le había pasado. Pensar que la tenía puesta y encontrarla más tarde en un rincón de la pica, encima del jabón, abrazada a la boca del grifo, ondeando como una bandera reseca sobre el asta rugosa del cepillo de dientes.

Buscó el estuche de las lentillas, lo enjuagó y volvió a rellenar sus dos cuencos con solución salina. Respiró hondo. En algún momento, la lentilla asomaría bajo el abanico de sus preciosas pestañas, la atraparía con cuidado y la depositaría en su recoveco liso y redondeado, en aquel escueto lecho líquido y reparador. Luego enroscaría la tapa con aquella letra R gigante y en relieve. Qué fácil parecía. Pero qué difícil resultaba todo, se dijo. Cuando Tristán se marchó, había perdido el tiempo ideando parches, algo con lo que recubrir todas las brechas abiertas. Así fue como obtuvo algunos trofeos, falsas medallas en forma de casquivanas conquistas, hombres con los que salió una, a lo sumo dos veces. Hombres, al cabo, que no eran Tristán.

—Quizás se te ha enganchado en el pelo —añadió él.

—No, hombre, no. Ahora llevo el pelo corto. ¿Cuánto hace que no me has visto?

—No lo recuerdo —admitió él—. Y no sé qué más puedo decirte, Sonia.

Ponerse lentillas era una de esas cosas que había hecho por Tristán. Cuando le conoció, ella utilizaba una de esas gafas de culo de vaso, una de esas lentes tan feas que parecían hacerla invisible para los hombres. Así que Tristán —se decía— era un poco responsable de lo que pasara con sus ojos.

Abrió el ojo todo lo que pudo y miró hacia abajo. Puso la boca en forma de O, hizo una mueca rara, como de muñeca hinchable; pensó que ayudaría en algo, pero la lentilla no bajó ni un milímetro. Empezó a pensar que, tal como había dicho él, en realidad, no la tenía puesta, y viajaba, huérfana de su gemela izquierda, por alguna tubería inmunda, por alguna cloaca maloliente camino de alguna otra ciudad, como en una metáfora vulgar y putrefacta de sus días sin Tristán.

—No te entretengas por el camino —advirtió a su exmarido—. Seguro que los niños tienen muchos deberes. Carla tiene examen de inglés mañana, y Leo lleva un poco flojo el solfeo.

Apoyó el abdomen contra la pica del lavabo e inclinó el torso hacia adelante para acercarse lo más posible al espejo. Cerró el ojo izquierdo y se separó los párpados del derecho para examinar mejor el globo ocular. Con un poco de suerte la lentilla díscola volvería por sí misma a su posición correcta.

Al menos así había ocurrido en alguna otra ocasión. Con el dedo índice deslizó el párpado superior hacia arriba, con el pulgar aplastaba las pestañas del párpado inferior, como si fuera a maquillarlo con un *eye-liner*. Pero tampoco ocurrió nada.

—No te preocupes. Iré en coche —anunció Tristán—, así que no creo que tarde.

—¿En coche? ¿Has dicho en coche? Tristán, por lo que más quieras, ten cuidado —le aconsejó, poniendo en duda su responsabilidad de padre—. Que los niños se pongan el cinturón.

—Por Dios, Sonia, descuida. Siempre lo hacen. Deberías despreocuparte un poco.

—Oh, mira qué bien. Despreocuparme, dices. Tú, que ves a los niños una vez cada quince días.

—Vamos, no vayas por ahí.

—No puedo despreocuparme por la sencilla razón de que soy la única que se preocupa por las cosas, por los niños. Siempre ha sido así —dijo con dramatismo—. Lo sabes. Tú no haces nada, y resulta que yo soy la reprobable por ocuparme de todo.

Pero no le afeaba su conducta; lo había dicho casi sin pensar, como si le lanzara una llamada de socorro, como el reclamo torpe e infantil de una mujer perdida y sola.

—Sonia, te voy a colgar. No te consiento que me hables así.

—¿Así, cómo? ¿Tú sabes cuándo le toca dentista a la niña? ¿Sabes las notas que ha sacado Leo en su último examen?

Entonces, sí. La lentilla se desplazó levemente debajo del párpado, como si tuviera un corazón propio y le latiera a borbotones. Le pinchó, le lastimó la córnea, como si tuviera aristas, como si en lugar de una lente fuera una lámina de hielo, atroz y vengativa. Intentó reprimir una queja pero no pudo.

—Mierda.

—¿Sonia?, ¿qué pasa, Sonia?

—Nada, nada, no te preocupes. La puñetera lentilla.

—A ver, Sonia, ¿por qué te empeñas en usar lentillas? Las gafas no dan

tantos problemas. Te las pones, te las quitas y ya está.

Y ya está, repitió Sonia para sí. Para ella, él, Tristán, era así de simple. Qué había sido del Tristán novelesco y sentimental, el Tristán que le hacía regalos sin que fuera su cumpleaños, ni Navidad, ni su aniversario de boda.

—Hay muchas cosas en la vida que pueden dar problemas —dijo.

—¿Te vas a poner trascendente ahora? Pensaba que habías llamado para que fuera a buscar a los niños.

—Lo siento, de verdad, Tristán —quiso rectificar—. Perdona, pero es que no me gusta depender de nadie. Tenerte que llamar me ha costado un gran esfuerzo. No sirvo para pedir favores. Me pone de mal humor.

Antes, recordó, nunca estaba de mal humor. Antes de que Tristán se fuera. ¿Cuánto hacía ya de eso? Podía contar los meses que habían pasado numerando las cajas mensuales de lentillas compradas desde entonces. Los envoltorios se amontonaban en el contenedor del cartón, debidamente fechadas: marzo, abril, mayo.... Tal vez iba siendo hora de bajarlos a la basura. ¿O tal vez no?

—Bueno, mira, no puedo entretenerme más —zanjó Tristán—. Recogeré a los niños y te los llevaré a tu casa. Salgo en breve del despacho, no hay problema.

—Te lo agradezco, Tristán. ¿Ves qué bien? Podemos hablar como personas civilizadas.

—Por supuesto.

—Podemos hablar de lentillas, de los niños, de las dioptrías. Podemos hablar de Olga.

—No empecemos.

—Yo no empiezo nada.

No podía abrir el ojo derecho, pero notó que le lloraba. Fue tanteando hasta sentarse en la taza del váter.

—Ya está bien, Sonia. Voy a colgar.

—Está bien, disculpa. Cambiando de tema, Tristán, había pensado que te quedaras a cenar. Puedo preparar crema de calabacín y dorada al horno. —Lo dijo como si no hubiera habido ese agrio intercambio de palabras anterior.

—Mis platos favoritos. Veo que aún te acuerdas.

—Claro que me acuerdo. —Sus palabras la habían reblandecido como merengue.

—No te molestes, Sonia.

—Verás, es que a lo mejor te tienes que quedar con los niños en casa. —
Lo dijo con la boca pequeña.

—¿Quedarme con los niños?

—Sí, es que no hay manera de que salga la lentilla. Si sigo así, voy a tener que ir a urgencias.

—¿No estarás exagerando un poco?

—¿Exagerando? Claro que no exagero. Si vieras ahora mismo cómo tengo el ojo, te espantarías.

Se frotó el ojo. Le escoció como si se hubiera echado un vaso de zumo de limón. Luego se levantó apoyándose en el toallero. Intentó abrir el párpado pero no pudo.

—¿Has probado a ponerte colirio? El colirio siempre te ha ido bien en estos casos.

Le sorprendió que Tristán aún se acordara de ese detalle. Ni ella misma lo había hecho. Lo interpretó como una señal, una de esas contraseñas que abren puertas y ordenadores. No sabía de qué, pero daba igual. Habría que intentarlo. Se agachó y buscó en el armario del lavabo. Apareció la última caja de colirios que había comprado. Apretó el botón de manos libres en el teléfono y lo dejó sobre la pica. Sacó un vial y lo desprecintó.

—Buena idea la del colirio, Tristán, voy a ver si lo encuentro. A ver si está por aquí.

Echó la cabeza hacia atrás y con la mano izquierda se abrió el ojo todo lo que pudo. Con la derecha se echó la mitad del contenido de una de aquellas ampollas. Parpadeó varias veces. El colirio inundó el globo ocular, pareció que lo traspasaba, reblandeciéndolo, y que corría hasta llegarle al cerebro.

—Pues... no lo encuentro, Tristán, no debe de quedar, qué contrariedad, con lo bien que me hubiera venido....

—Pues sí que es un fastidio.

—Me pregunto si podrías pasarte por la farmacia a comprarme una caja.

—¿No has dicho que no me entretenga?

Volvió a bajar la cabeza. Pellizcó de nuevo el párpado. Se echó el resto del colirio. Entonces sí, la lentilla resbaló, cabizbaja y mansa, hasta colocarse justo sobre la pupila.

Sonia soltó un suspiro de alivio. Luego abrió y cerró los ojos varias veces, y su visión volvió a ser la de siempre, el globo ocular anegado por el aquel líquido milagroso y paliativo.

—Han abierto una farmacia aquí mismo, a veinte metros de casa. Los niños te pueden indicar dónde está cuando aparques. Así me la traes. Me harías un gran favor.

—Está bien, Sonia. Está bien, te la compro.

—Ay, gracias, Tristán, de verdad, te lo agradezco mucho.

—De nada, Sonia. Salgo ya. En media hora estoy ahí.

—Vale, aquí estaré, esperando con mi ojo herido —quisó bromear ella, quitarle importancia.

Colgó el teléfono y aderezó su rostro con una media sonrisa tonta y reveladora. Abrió y cerró los ojos varias veces. Comprobó que todo estaba en orden. Se pellizcó las mejillas para darles algo de color, un rubor inocente que maquillara sus intrigas. Luego cogió la caja con las ampollas de colirio restantes y se dirigió a la cocina. Allí, la tiró a la basura, entre los restos de haber limpiado la dorada y las mondas de calabacín. Se ahuecó el peinado con los dedos. Luego miró el reloj y calculó el tiempo, cuántos minutos necesitaría para hacerse un cómplice e hiriente zumo de limón y echárselo con mucho tiento por el ojo.

PELO, PESTAÑAS, CEJAS

A Ivana le llamó la atención que la tienda de pelucas, un establecimiento acartonado que incluía entre sus servicios los de peluquería y estética, ofreciera clases de maquillaje. Lo apuntó con letra menuda en su libreta gris —«los martes por la tarde»—, junto a la reciente y punzante anotación sobre su diagnóstico. El cartel las proclamaba como una actividad sin coste para los clientes: delineación de cejas, permanente de pestañas, colocación de postizos, parecían asignaturas que competían en seriedad académica con las matemáticas, la historia o la biología.

Cerró la libreta con gesto indeciso, la mantuvo en la mano como una prolongación erudita de su propio brazo. Luego echó un vistazo auscultador al local. No era como las tiendas caras a las que estaba acostumbrada, Renzo's o D'Alessandro, comercios altaneros donde compraba ropa y otros objetos accesorios e inútiles. No apreció en su decoración atisbo alguno de ostentación. Un papel pintado sin ínfulas cubría las paredes con cenefas lacias y desabridas. Intuyó que la moqueta del suelo no se había renovado hacía mucho, la última vez quizás aprovechando una oferta en un gran almacén de bricolaje. Pero tenía que ser indulgente, no había lugar para censuras sobre decoración. En breve su físico sufriría un deterioro evidente y quería estar preparada para ello: pelucas para disimular la inapelable caída del cabello, sujetadores para albergar una prótesis misericordiosa, un arsenal de prendas enfermizas y desagradecidas que empezarán en pocos días a formar parte de su fondo de armario. Ella querría seguir siendo un hada, pero el diagnóstico quemaba sus alas de algodón de azúcar.

Sabía que Félix Milar, el hombre que desde hacía veinte años ostentaba la anacrónica etiqueta de marido, no soportaba esa costumbre suya de tomar siempre notas de cualquier cosa. Si la estuviera viendo ahora, se dijo, se burlaría de ella gesticulando como un mandril. Qué sabía él, era un hábito

suyo, propio de la profesora que era. A la vez, tenía que admitirlo, con Félix Milar llevaba una vida confortable, alejada hasta ahora de cualquier sobresalto. Milar poseía una cadena de tiendas de electrodomésticos. Neveras, lavadoras, máquinas lavavajillas, rizadores de pelo, objetos que, bien empleados, dulcificaban las penurias domésticas.

La dependienta simuló un golpe de tos admonitorio. Ivana no había reparado en ella, en su figura espectral. Le había parecido que estaba sola en ese local, a las afueras de San Cayetano, flotando en la luz acuosa de los fluorescentes.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Ivana levantó la cabeza. Vio a una mujer de treinta y tantos, alta y espigada, se fijó en su insolente escote. Luego quiso esbozar una sonrisa, pero quedó en un gesto que murió en su boca como una mueca blanda.

—Me gustaría probarme algunas pelucas —contestó.

—Por supuesto. Disponemos de una gran variedad tanto en colores como en estilos.

La mujer le pareció profesional, su voz era gratificante, sus palabras parecían salir de una grabación edulcorada. Señaló hacia algún punto de la tienda. Ivana alzó la mirada. Entonces las vio, en las estanterías. Las pelucas. Descansaban sobre soportes de corcho en forma de cabeza como si conformaran la exposición de un escultor, una antología de bustos que se ordenaban por el color del cabello. Dio un paso atrás para apreciarlas mejor. Contuvo un borbotón de repugnancia que contrajo su boca. Imaginó el local como el taller de un taxidermista, un compendio remilgado de animales disecados poblando los anaqueles. Notó el miedo en el abdomen, un relámpago que cuarteaba su estómago. Tuvo la tentación de salir corriendo. Podía haber ido a otro sitio, a alguno de los exclusivos centros de peluquería que frecuentaba, pero temía el regocijo de conocidas y amigas frente a su reciente desdicha y había preferido el anonimato de aquel barrio periférico, donde nadie la conocía, donde no tenía que explicar que el martes siguiente empezaba el tratamiento. Hacía tan sólo una hora, al salir de la consulta, lo había anotado en la libreta. Martes a las ocho de la mañana en aquel mismo

hospital.

—Todas nuestras pelucas son de primerísima calidad.

Ivana asintió. La dependienta le indicó que se sentara. En un rincón del local había un reservado. Una silla, un somero mostrador y un espejo conformaban un exiguo probador para postizos. La empleada le señaló el asiento; sonreía con dulzura; Ivana agradeció que fuera complaciente, su trabajo requería delicadeza. La vio reflejada en el espejo mientras se sentaba; consideró que era atractiva, le concedió un ocho; un ocho y medio, tal vez. Intentó adivinar qué puntuación le daría su marido. Sabía de sobras que Milar se veía con otras mujeres, mujeres exentas de taras como las que la condecorarían a ella dentro de poco. Ivana aún no se hacía a la idea; se perfilaba un horizonte de hospitales y goteros, un calendario repleto de batas blancas y analíticas; los próximos meses se vería inmersa en una carrera de obstáculos de la que desaparecerían las tardes en el Central Gym de San Cayetano y las cenas en el Dino's Club, un futuro incierto donde no tendrían cabida los fines de semana de *jacuzzis* y masajes rejuvenecedores ni las escapadas en coches deportivos a modélicas playas. Los médicos dictarían las normas, no habría más remedio que acatarlas y dejarse llevar. Félix Milar aún ignoraba todo esto. ¿Tan difícil era decirle «cariño, estoy enferma, me operarán y me pondrán un tratamiento agresivo, perderé todo mi pelo, mis pestañas, me quedaré sin cejas, me hincharé como una sandía. Y, después de todo, no queda claro que me pueda curar»? Apretó los párpados, quiso creer de veras que si las cosas no se decían no tenían por qué ocurrir, como si la enfermedad necesitara de las palabras para concretarse y triunfar. Alargó la mano y dejó la libreta sobre el mostrador.

La empleada le puso la mano sobre el hombro. Ivana notó sus dedos largos ahondando en su clavícula. Agradeció su contacto tibio y melindroso.

—Seguro que encontramos alguna cosa. ¿Tiene alguna preferencia?

—¿Preferencia?

—Sí, de color..., de peinado... Como ya ha visto, disponemos de un gran abanico de pelucas. Puede indicarme la que le guste más, o bien podemos empezar por una cualquiera y a partir de ahí decidir la más conveniente.

Ivana miró de nuevo hacia las estanterías. Estudió las pelucas con mayor detenimiento. Apreció la variedad de colores y peinados. Su pelo, el cabello que en breve caería luctuosamente como copos de nieve, era corto y moreno, sin tintes ni ondulación alguna. En ocasiones había falseado su peinado con rulos y moldeados. Una inocente concesión a la coquetería que le parecía favorecedora. Así que señaló por encima de la cabeza de la dependienta y le indicó:

—Aquella de allí, la media melena rizada, la morena.

La dependienta se aproximó a los estantes, acercó un escabel; se sacó los zapatos y se subió en él; su falda estrecha se tensó en las caderas; estiró los brazos para coger el maniquí escogido. Ivana temió que su esfuerzo de contorsionista la hiciera trastabillar y caer. Pero no pasó nada. La dependienta recuperó un equilibrio gimnástico y ponderado. Descendió y volvió a calzarse, sus zapatos de tacón le parecieron otro tipo de inestabilidad. Luego le llevó el maniquí a Ivana, lo sostenía como un trofeo. Lo colocó en el mostrador para que lo apreciara mejor. Ivana cogió la peluca con las dos manos y la separó con tiento de su soporte. Pensó en una película de indios y de vaqueros, en cabelleras arrancadas como dudosos galardones. A continuación se la colocó mirándose en el espejo. Se concedió pensar en lo heroico de ese gesto. La movió a derecha e izquierda para ajustarla mejor. Por debajo de aquel pelo sintético y advenedizo a floraba su flequillo, como si se quisiera rebelar contra su reciente rival. Ivana se asustó al verse las ojeras violáceas y abisales. ¿Cuánto más iba a tener que cambiar?

—Déjeme que la ayude.

Ivana asintió. La mujer le recogió la cortinilla de pelo, la peluca un paraguas cobijador. Ambas miraron el resultado en el espejo. Ivana echó de menos a Félix Milar, sus electrodomésticos planos y familiares. Incluso sus desplantes. Respiraba deprisa, como si con ello pudiera pensar de forma más clara. La dependienta le ahuecó el pelo por uno de los lados.

—Si se pone ese mechón detrás de la oreja le quedará mejor.

Ivana agradeció el comentario, pero no creyó en su honestidad.

—Me queda horrible de todas formas.

—No, no le queda mal, pero es un estilo diferente del que lleva ahora mismo. Puede que se vea rara.

—¿Rara? Es usted... ¿cómo decirlo?... magnánima... ¿Miente igual de mal a todas las clientas?

—Yo estoy aquí para aconsejar. Y sólo digo la verdad. No le queda mal. Rara no es lo mismo que mal.

—Vaya... Gracias por el matiz.

—Le queda bien, de verdad. En cualquier caso, si la señora quiere, se puede probar cualquier otra, para comparar.

Ivana no contestó. Miraba el dibujo del papel pintado de la pared. Las grecas parecían acoger formas animales. Creyó distinguir la cabeza de un perro, la silueta de un caballo. Cuando se dio cuenta, la dependienta ya había dejado otra peluca sobre el mostrador.

—Y esta, ¿qué le parece?

Ivana miró la peluca, luego volvió a observarse en el espejo. Ella debería encajar esas cosas, se dijo. Era profesora de biología en la universidad. Algo sobre la vida sabía. Que tenía un principio, un final.

—Es rubia.

—¿Cómo? Ah, sí... claro... es rubia. He pensado que le gustaría comparar.

—No creo que me siente bien el rubio.

—Si no se la prueba no lo sabrá.

—No me acostumbraré.

—Pruébesela. No pierde nada. El rubio suele favorecer. Si no le gusta, la dejamos y ya está.

—Está bien —concedió—, me la probaré, pero pareceré un adefesio.

Ivana se desprendió de la peluca que llevaba puesta. Su flequillo, redimido del despotismo del postizo, aparecía aplastado sobre su frente, húmedo y brillante, humillando su rostro con una corona de espinas. Se asombró de estar manteniendo esa conversación lisa y superficial, como si no pasara nada, como si todo se limitara a una mera cuestión estética.

La dependienta le ayudó a colocarse la nueva peluca. Empleó su habilidad de prestidigitadora para que ocupara su lugar al milímetro.

—¿Cuál cree que me queda mejor?

—Cualquiera de las dos está bien.

—Oh, vaya. ¿No decía que estaba aquí para aconsejar? No sea tan diplomática.

—Sí, señora, ese es mi cometido pero la última palabra la tiene usted.

—Venga, vamos, sea valiente y dígame la verdad: que estoy horrible.

—Está bien, si quiere mi opinión, la primera le favorece más. Y es un pelo sintético de gran calidad, que requiere muy poco mantenimiento.

Entonces, la dependienta le dio una lacónica explicación sobre los cuidados necesarios para conservar las pelucas en óptimas condiciones. A Ivana, su discurso le recordó el hastío de una azafata enumerando las normas de seguridad de un avión y dejó de caerle simpática.

—No me veo bien con ninguna de ellas, la verdad.

—Si me lo permite, en caso de duda existe otra opción. Discúlpeme un momento. Ahora vuelvo.

La dependienta abandonó la sala. Ivana odió su cadera cimbreada, la seguridad con que taconeaba de camino al almacén. No era porque fuera más hermosa o más joven que ella, la odió porque no se le ocurría ninguna otra cosa, sucedía simplemente que no estaba preparada para el dolor.

Miró la hora. Luego sacó el móvil de su bolso y marcó el número de Milar.

—¿Félix? ¿Te cojo en mal momento? ¿Dónde estás?

—Estoy en una reunión, Ivana. ¿Pasa algo?

—Bueno, nada... o sí, verás...

—Pues entonces te dejo, Ivana, tengo mucho trabajo.

—Vaya, lo siento. Siento haberte interrumpido. ¿Llegarás pronto a casa?

—No lo creo, te acabo de decir que estoy en una reunión.

—Félix... He ido al médico...

—¿Al médico? ¿Te ocurre algo?

—Verás... bueno, no importa, no te preocupes, ya hablaremos en casa.

—Ya te he dicho que llegaré tarde.

—Oh, de verdad, no importa... Ya hablaremos, luego, o mañana...

Ivana colgó. Volvió a notar el mismo relámpago en el estómago. Percibió el silencio posándose en cada uno de los estantes de la sala. Durante unos instantes no supo qué hacer con el teléfono. Luego lo devolvió a la catacumba del bolso, junto a otros objetos que le parecieron inanes y prescindibles. Al cabo de un minuto regresó la dependienta. Llevaba una caja de cartón; la depositó en el suelo, junto al mostrador; luego la abrió; de su interior fue emergiendo un elenco de pañuelos y turbantes para la cabeza, trozos de telas multicolores que contrastaban con la blancura hospitalaria del tablero.

—He pensado que también querría ver algunos pañuelos.

—Muy bonitos, pero yo prefiero una peluca.

—Déjeme que se los enseñe, se pueden colocar de muchas maneras y resultan muy modernos. Le serán muy útiles.

—Qué sabrá usted.

—Como quiera, pero los pañuelos son una estupenda opción para el verano. Ya sabe, por las temperaturas. Las pelucas suelen provocar bastante calor.

—Pero yo no necesito un pañuelo. Yo quiero una pe-lu-ca. —Lo dijo separando las sílabas, como si ella fuera una logopeda y enseñara a hablar a una alumna torpe y distraída.

—Verá, otras mujeres, en su caso, utilizan ambas cosas, pelucas y pañuelos.

Entonces quiso hacerlo, quiso golpear a la vendedora en el pecho, preguntarle que qué se había creído.

—¿En mi caso? Pero ¿de qué me está usted hablando?

La dependienta la miró con conmiseración.

—Bueno, perdone... —dijo—, yo había creído...

—No necesito que usted crea nada, necesito que me enseñe las malditas pelucas.

—Sí, cómo no... Disculpe.

La mujer se retiró, era un ave servicial replegando sus alas. Ivana se

arrepintió enseguida de su tono, su rudeza. Le pareció que la enfermedad había empezado a transformarla en un ser brusco y reprobable, e intentó justificarse.

—Escuche bien, lo que yo quiero es una peluca. Soy actriz, ¿sabe? —dijo —. La necesito para trabajar mi próximo personaje. Supongo que no es difícil de comprender.

Ivana se sorprendió a sí misma diciendo esa estupidez. Le pareció que el local se agigantaba para engullirla y se quedó sin aire. ¿Dónde quedaba la Ivana razonable y educada, la profesora de biología firme y ecuánime?

La empleada no replicó. Fue recogiendo con parsimonia los pañuelos, uno a uno, con la misma profesionalidad con la que los había extraído. Luego cerró la caja y pasó su mano por la tapa, como si acariciara el lomo de un perro. La tomó entre sus brazos para llevarla de nuevo al almacén. Parecía muy pesada, pero la manejaba como si contuviera aire.

Entonces, sin pensarlo, con naturalidad, Ivana dijo:

—Puede que venga el martes que viene.

La dependienta se giró, la caja un amante apretado contra el pecho.

—¿Cómo dice?

—El martes. A las clases. Lo he apuntado. —Cogió de nuevo la libreta y la sostuvo en el aire para que la viera.

—Estupendo, le gustarán, son unas clases muy prácticas.

—Las cejas, sobre todo me interesa aprender a delinear las cejas.

Ivana se señalaba algún punto por encima de los ojos; hacía movimientos circulares con el dedo índice. Al levantar el brazo, sus pulseras emitieron un tintineo áspero, lastimero, desolador. Parecieron sacarla de su ensimismamiento, recordarle que ese martes no podría asistir a clase alguna. Tampoco los siguientes. Sin embargo, no rectificó. En lugar de eso, arrojó la libreta al fondo cavernoso de su bolso, como si su simple tacto le hiriera, como si fuera fuego y le quemara entre los dedos.

EN EL SEMÁFORO

En días de lluvia como hoy, Elisa Medhalho sería infiel. Aquí mismo, en el lavabo de este bar donde ahora se encuentra, o en el asiento trasero de un coche, en un callejón oscuro y despreciable, contra una pared, aunque se le clavaran los ladrillos en los huesos; algo salvaje, diferente, aunque eso supusiera renunciar al chalet, a las largas vacaciones en países lejanos, a los fines de semana en la casa de la playa, a las clases de tenis, a las operaciones de estética, o a las compras en Gucci y en Yves Saint-Laurent.

Tal vez con ese propósito aplazado recalca cada mañana en esta cafetería elegante de su urbanización, antes de ir al gimnasio. Se sienta y se toma con calma su *gin-tonic*. Observa a los clientes masculinos, hombres de negocios la mayoría, bien vestidos, con prisas, y se imagina a sí misma compartiendo la intimidad de cada uno, sin preguntar, sin volver a verse nunca más. De hacerlo, no haría falta enamorarse del otro, ni mantener una relación paralela, ni casarse de nuevo. Podría dejar a Pedro. Pero también podría seguir con él. No sería incompatible. Podría tratarse simple y llanamente de un alivio rápido de los instintos. Follarse a otros, a desconocidos, como quien se hace la manicura. Un amor rápido, de usar y tirar, tipo *kleenex*.

Sí, lo sería. Sería infiel. E incluso esa palabra adquiere en la mente de Elisa Medhalho una guturalidad obscena que le resuena en los pechos. Aquí, ahora, mientras ve caer la lluvia por la ventana del bar, lo decide. Con el primero que vea. Con todos.

El hombre vende pañuelos de papel en los semáforos. Desde hace un par de meses Elisa Medhalho lo ve a diario abordando los coches detenidos en el mismo cruce frente a la cafetería. Ya la primera vez que reparó en él había

encontrado algo disonante en su figura, como cuando a una habitación de diseño se le ponen cortinas de cretona. El hombre es alto, lo intuye joven bajo la capa de mugre, desaliñado, el pelo encrespado en melena leonina; en ocasiones Elisa lo evoca en algún momento del día y a su cara le superpone el rostro de Barry Gibb, cuyas canciones tanto gustaban antes a Pedro.

Del hombre le atrae en especial el modo en que inclina más un lado del cuerpo que el otro al caminar, algo que en otros sería cojera, pero que a Elisa Medalho le parece una insinuante modalidad de vaivén acompasado.

Lo compara con su marido. Cuando se casó con él, Pedro era un hombre atractivo. Con el tiempo, había acabado teniendo más tetas que ella misma, pero seguía siendo el mismo hombre delicado que la había conquistado. Del vendedor de pañuelos le seduce que lo imagina brutal, que la toma con sus manos grandes y sucias y le muerde el cuello sin miramientos.

Elisa Medalho da otro sorbo a su *gin-tonic* y, aunque no se lo acaba, nota que el alcohol le ha concedido un nivel aceptable de atrevimiento. Paga y sale afuera, no lleva paraguas. Está dispuesta a cruzar la calle y aproximarse al extraño. Enciende un cigarro.

«Tengo que hablar contigo, Pedro». Elisa Medalho aplasta la colilla sin apurar contra la grava del parque. Piensa que nadie la echará de menos en el gimnasio, nadie repara en ella cuando se esfuerza con las pesas. Nadie repara en ella cuando se esfuerza. Nadie repara en ella. Así, se nota avanzando transparente por el paso de peatones, la gabardina atada, el cuello subido, las botas altas. Sólo la lluvia le recuerda por un instante que tiene un cuerpo. «Verás, Pedro, no me esperes para comer, me ha surgido un compromiso».

Según se acerca al semáforo, Elisa intuye el torso del hombre bajo la camisa mojada. Imagina múltiples maneras de sacarse lustre mutuamente, una y otra vez. A Elisa le parece que el hombre la mira, por encima del coche detenido, y siente por un momento que aún puede atraer a los hombres, a pesar de los cuarenta y cuatro años que pesan como cuarenta y cuatro siglos.

Y allí está ella. Empapada de arriba a abajo, frente al hombre de los pañuelos, sin saber qué decir. De cerca no parece tan alto y su porte le resulta menos noble. Los pies de Elisa Medhalho parecen despegársele del suelo y elevarla, incorpórea.

Cuando el semáforo se pone en rojo y los coches reanudan su marcha, el hombre se incorpora. Repara en Elisa y se le aproxima con su bamboleo y su melena *stayin' alive*.

—Mujer, cómprame unos pañuelos, para tus niños...

—¿Tienes un momento? —dice Elisa Medhalho.

—Sólo un paquetito, mujer —insiste el hombre, utiliza un tono implorante, muchas veces ensayado.

—Escucha... ¿Te gustaría...?

Antes de que pueda continuar, de su bolso brota un timbre impertinente. Mete con displicencia la mano y saca el teléfono móvil.

—¿Sí? ... Dime, Pedro. Estoy en el gimnasio... Pues claro que iré a comer. Allí nos vemos. Seré puntual. Un beso.

La lluvia empieza a dar paso a un imberbe sol de primavera. Elisa Medhalho apaga el móvil y lo devuelve a su sitio. Advierte entonces que, en reposo, en espera de ser usados, aún le quedan en el bolso dos, tal vez sean tres paquetes de pañuelos envueltos en celofán, perfectamente doblados, perfectamente blancos.

*

«En el semáforo» resultó finalista del Concurso de Relato Breve del *Diario de León*, 2007.

PANORAMA DESDE PRIMROSE HILL

E dith, mi mujer, simulaba hacer ejercicios gimnásticos ante la ventana de nuestra habitación. La había abierto de par en par, exponiéndose sin rubor al juicio lapidario de los vecinos. Yo no había podido dormir, desvelado por la tanda de reproches de la noche anterior. Era temprano, pero un sol obtuso, de final de invierno, centelleaba en los cristales. Tuve que achinar los ojos para ver mejor. Me desperecé e intenté que mis pies encajaran en las zapatillas de felpa. Luego le pedí que cerrara las cortinas, pero ella me instó a que me callara.

—Ha desaparecido —dijo.

Yo me puse en pie sin entender, pero eso ya no era algo novedoso. Me irritaba aquella manera suya de hablar sin decir las cosas claras.

—¿Desaparecido? ¿Quién ha desaparecido?

—Ella, la señora Matuschek —dijo. Señalaba con la barbilla hacia la casa de al lado.

Los Matuschek se habían instalado hacía medio año en la antigua casa de los Neo. Lo habían hecho sin estridencias, no había habido pastel de bienvenida ni barbacoas vecinales. Los veíamos llenar su tiempo de jubilados con anodinos paseos por el barrio. A veces sacaban sus hamacas al jardín y sesteaban a la sombra como dos recién nacidos. Esquivaban con elasticidad de atletas la vida de vecindario que los demás habitantes de la urbanización practicaban con esmero. Los Sorli, los Milar, reprobaban su insolidario comportamiento, hablaban de ello en nuestras fiestas de los sábados, en las raquílicas competiciones de tenis que adornaban los domingos del barrio, aquel rincón de San Cayetano; su despegado proceder los colocaba fuera de nuestro universo vecinal; así que, por venganza o menosprecio, se corrió la voz entre los adosados de que el señor Matuschek tenía algo —un gran secreto

— que ocultar, por ejemplo, que había trabajado como agente de los servicios secretos, que era un espía internacional al servicio de algún lejano e innombrable país del Este. Micrófonos, pistolas con silenciador, gabardinas, sombreros de gánster, pasaron a formar parte de la cotidianidad inventada del señor y la señora Matuschek, pero a decir verdad nunca les vimos hacer otra cosa que no fuera entrar y salir de su casa o pasear por su dejado y sospechoso jardín.

Con los meses, el interés por los nuevos vecinos fue decayendo hasta quedar diluido en el pozo de la indiferencia comunal. Los Matuschek se desinflaron como un regalo de Navidad que se arrumba pasado marzo. Menos, al parecer, para Edith.

—Lleva días sin aparecer.

—Estará enferma.

—No parecía enferma el último día que la vi.

Edith perseveraba en su falsa tabla de gimnasia. Levantaba los brazos y los bajaba. Los rotaba a la velocidad de la luz. Pensé en veletas y en aspas de molino.

Al día siguiente yo volaba a Londres para asistir a un congreso, una espesa reunión de metódicos fisioterapeutas. Allí, en la habitación de mi hotel, disfrutaría de la vista desde Primrose Hill. Me alejaría por unos días de Edith y del desastre de nuestro fraudulento matrimonio, podría —en definitiva— tener algo de tiempo para respirar.

—Habrás ido a visitar a algún familiar.

—En el tiempo que llevan viviendo aquí nunca se ha ausentado.

—Pero, bueno, ¿cómo puedes saberlo?

—Lo sé.

—Edith, sea lo que sea, no es asunto nuestro.

—Claro que lo es. Lo que pasa en el vecindario es de nuestra incumbencia. Si hay que podar los setos, nos afecta. Si hace falta arreglar las aceras, nos afecta. Si hay una desaparición, nos afecta.

—Pero, de verdad, no lo entiendo. ¿Te parece normal espiar a los vecinos?

Ella ignoró mi pregunta, pero no podía culparla por pasarse el día en la ventana. En realidad, era algo que hacíamos los dos, el mirar hacia fuera. Yo lo hacía a mi manera. Salía de viaje, asistía a congresos, me encontraba con otra gente, podía alejarme de aquella urbanización, de aquel desastre conyugal. Ella se conformaba con espiar a los vecinos, como si encarnara con ello otras formas de vida. En cambio, ambos, los dos, habíamos perdido la capacidad para ver lo que pasaba dentro de nuestras cuatro apolilladas paredes.

Luego, como si no le hubiera dicho nada antes, me propuso hacer guardias frente a la ventana, una alternancia de turnos matemática y policial, como si fuésemos detectives privados en una misión secreta. Como en aquella película de Hitchcock.

No le contesté. Salí del cuarto y me encerré en el lavabo. Abrí el grifo y me lavé la cara. Luego me senté en el retrete y encendí un cigarro. Seguro que después vendría Edith recriminándome que lo llenara todo de humo.

Desde la ventana del lavabo también podía divisar el jardín de los Matuschek. Me pareció distinguir al señor Matuschek a través de la cristalera de su comedor, con su porte de lord inglés. Hubiese dicho que abría y cerraba cajones, pero no podía saberlo a ciencia cierta.

Mientras estuve allí sentado, pensé en ello y tuve que convenir en que Edith no estaba equivocada. Si hacía memoria, yo tampoco recordaba haber visto a la señora Matuschek desde hacía bastante tiempo. Días, quizás semanas. Fantaseé con la posibilidad de un señor Matuschek espía internacional, transmutado en un frío asesino a sueldo. La simple eventualidad de que Matuschek hubiera hecho desaparecer a su esposa hizo que el viejo me cayera mejor. Tal vez, como nosotros, los Matuschek habían llegado a no soportarse, a hacer de su convivencia algo molesto, como una cicatriz en el abdomen.

Cuando salí, Edith había renunciado a sus ridículos ejercicios, pero la

ventana permanecía abierta. La vi inclinada, estirando las sábanas con la pericia de una empleada de hotel. Observé sus movimientos, conservaba el cuerpo atlético de cuando nos conocimos, pero ya no era la misma. Me pregunté cómo habíamos podido llegar hasta allí.

Me vestí apartándome de la ventana. Me había resignado a que la dejara abierta, no le dije nada, prefería no discutir con ella. La vi ordenar las cosas del tocador: joyeros, perfumes, esa clase de cosas que ocupaban a veces su tiempo de esposa ociosa. Pensé que se había olvidado de los vecinos, pero entonces dijo:

—Vigilaremos en turnos de dos horas. Cada dos horas, relevo. Podemos empezar ahora mismo. Si quieres, yo hago la primera guardia.

Opté por seguirle la corriente. Darle la razón tal vez aplacaría ese arrebató que la obcecaba.

Ahora nuestro hijo era mayor y no nos pasaban demasiadas cosas de las que ocuparnos en común. Incluso nos hacíamos la comida por separado. Cada uno tenía asignadas dos bandejas en la nevera, como si en lugar de un matrimonio fuéramos compañeros de piso, dos jóvenes estudiantes compartiendo apartamento con derecho a baño y a cocina. Pensé que quizás encontraríamos en aquel espionaje un nuevo y excitante aliciente para nuestra desdentada vida conyugal.

—Como quieras. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga los prismáticos?

No quise sonar sarcástico ni hacer burla de su reciente preocupación por la suerte de la señora Matuschek, pero Edith se ofendió y me lanzó un cojín a la cabeza. Por un momento identifiqué ese gesto como una invitación al juego, a esa vertiente placentera del dormitorio que teníamos olvidada.

—Está bien. Si no quieres apoyarme lo haré yo sola.

Cogió una silla y la colocó junto a la ventana.

Me encogí de hombros. Luego añadió:

—Mírale, allí está. ¿Lo ves? —se agitó—. Creo que ha cogido una escopeta.

—¿Una escopeta? Estarás confundida, mujer.

Reparé en la colcha con sus impecables dobleces, el envoltorio textil y

floreado de nuestras domésticas congojas.

Me hizo una seña para que me acercara. Más allá de las cortinas, en la ventana del comedor de los Matuschek, el sol proyectaba sombras chinescas. Le dije, para tranquilizarla, que era fácil confundirse, que tal vez veíamos escopetas donde sólo había escobas.

—A lo mejor está limpiando.

—Te digo que era una escopeta. Un arma, Gabriel. Ya sé por qué no vemos a su mujer hace días. Seguro que la ha matado.

—Sí, tienes razón. Seguramente ha escondido su cadáver en un baúl — bromeé—. En breve saldrá, meterá el baúl en el maletero de su coche y se lo llevará para arrojarlo al mar.

—No te burles.

Hice crujir los nudillos. Lo hice sin pensar que eso daba mucha rabia a Edith. Vi su mueca de disgusto y quise compensarla con algún simbólico gesto de sacrificio.

—Si quieres, puedo bajar al jardín y acercarme a ver si averiguo algo.

—Ay, sí, Gabriel. ¿Harías eso por mí? ¿Lo harías?

Sentí un momento de debilidad, la miré y me venció aquella imagen de desvalimiento. Está bien, me dije. Lo haría. Bajaría. Por una vez intentaría ser su héroe.

La besé en la frente. Luego cambié las zapatillas por un calzado deportivo más adecuado para mi incursión en el jardín vecino, unas botas de agua, recuerdo de mi época de cazador. Liebres y perdices. Nada memorable.

Salí a nuestro jardín. Pensé que debía tener más cuidado con las plantas, regarlas cuando tocara. Las azaleas, faltas de abono, languidecían como un símbolo floral de nuestra decadencia. Abrí la portezuela que llevaba a la calle, pasé a la acera y salvé los escasos metros que me separaban del jardín de los Matuschek. Rodeé la casa por si el señor Matuschek estaba en alguna otra zona de la parcela. En el lado opuesto a nuestra casa, en un rincón del jardín, un artesanal huerto de lechugas, coles y tomates había sustituido al macizo de hortensias orgullo de los Neo. No había rastro de los Matuschek. Luego volví a rodear la casa y me acerqué a la puerta principal. Toqué con los

nudillos. Desde allí pude ver a Edith, todavía en la ventana de nuestra habitación, me saludaba moviendo la mano como si me fuera a marchar ya de viaje. Oí el arrastrar de pies propio de un anciano y al poco la puerta se abrió. El señor Matuschek apareció en el porche, alto, delgado. David Niven con el pelo blanco. Aún llevaba puesto el pijama y en su mano derecha, agarrada por el mango, sostenía una azada. Me desconcertó y temí por un segundo que Edith estuviera en lo cierto. Pero el viejo Matuschek dejó enseguida la herramienta en un rincón del recibidor, apoyada contra la pared y me invitó a pasar, deshaciendo mis temores como humo. Me miró por encima del hombro, como si sospechara que me hubiera seguido alguien.

—Mi mujer y yo nos preguntábamos si querrían venir a cenar esta noche con nosotros —me inventé. Lo dije torpemente, como si tuviese un palillo entre los dientes—. Su mujer y usted. Los dos.

No contestó, ignorando mis redundancias. Se limitó a decirme que pasara. Luego cerró la puerta detrás de mí.

—Esos topos me están destrozando el huerto. —Señalaba la herramienta, pero no logré entenderle.

Me precedió por el pasillo y me condujo a la cocina. Los platos sucios se acumulaban en el fregadero y en la mesa se veían algunos restos de comida. Tardé en verla. A la señora Matuschek. Estaba en un rincón, sentada en un sillón orientado hacia la ventana. Me sorprendió lo estático de su postura. Matuschek me ofreció una cerveza pero yo decliné la invitación.

—Como le decía, a mi mujer y a mí nos gustaría invitarles a cenar. Esta noche.

Añadí una disculpa por no haberlo hecho antes, pero no soné muy convincente.

—Me temo que no va a poder ser —contestó.

Entonces me lo contó. Me explicó que su mujer sufría una enfermedad, una de esas afecciones que hacen perder poco a poco la memoria.

—Ahora ya ni me reconoce —dijo—. En las últimas semanas ha empeorado. Ya no sale de casa. Se siente insegura y a mí me da miedo que se desoriente o se pierda.

—Lo siento, lo siento mucho —murmuré, sobrepasado por la confesión.

—Y luego están esos topos.

—¿Topos?

Los topos excavaban túneles —me explicó— por debajo de su huerto, arruinando las matas de tomates y las cebollas. Por la noche hacían sus incursiones en los jardines de las casas. Le dije que yo no había notado nada en el nuestro.

—Vienen buscando las hojas de los huertos.

—Nosotros tenemos azaleas.

—No están interesados en las flores. ¿Sabía que tienen unos ojos diminutos? Apenas pueden ver.

Pensé que Edith y yo tampoco veíamos nada, éramos topos ciegos cavando nuestras propias madrigueras. Me pregunté si en Primrose Hill habría topos.

Luego añadió:

—A Andrea no le gustaría saber que los topos están destrozando su querido huerto.

La manera en que lo dijo me conmovió. Me imaginé una historia de amor parecida entre Edith y yo. Tal vez estábamos a tiempo. Podría incluso venir conmigo a Londres. Por qué no. Contemplaríamos juntos la vista desde Primrose Hill. Fantaseé con una segunda luna de miel, con recuperar todo aquello que habíamos perdido.

—Estoy pensando en llevarla a alguna residencia. Yo pronto no podré ocuparme de ella.

—¿Y no ha pensado en poner algún veneno?

—¿Veneno?

—Para los topos.

—No, hombre. ¿Por quién me ha tomado?

Se levantó y llenó un vaso de agua del grifo. Luego se lo tendió a su mujer.

—Tienes que beber, Andrea.

—Buenos días, Simón —dijo ella.

—Andrea, mírame bien. Soy Víctor, Andrea.

Luego aclaró:

—Me confunde con nuestro hijo Simón. Es abogado —añadió, como si eso significara algo.

—Y este hombre ¿quién es?

—Es nuestro vecino.

—Soy Arán, señora Matuschek. Gabriel Arán.

—Ya era hora de que viniera. Ahí tiene la nevera, ya puede ir arreglándola, que no tengo todo el día.

Matuschek se encogió de hombros. Luego le alisó el pelo y volvió a sentarse. Acabó de un sorbo su cerveza. A continuación se excusó diciendo que tenía que hacer las tareas domésticas, fregar los platos, hacer la comida.

—Pero primero voy a remover la tierra que los topos han vuelto a levantar.

Me acompañó hasta la puerta y me despidió con un apretón de manos sincero y vehemente. Los topos, la enfermedad, se habían llevado la aureola de misterio de aquella casa, de aquel matrimonio, de aquel anciano que seguiría combatiéndolos hasta que Andrea Matuschek dejara de recordarlo todo.

Regresé deprisa a casa. Edith ya no estaba en la ventana. Miré las depauperadas azulejas y dudé de que los topos tuvieran ningún interés en excavar sus galerías en aquel terreno agotado y pedregoso.

Y entonces lo pensé. Eso era. Mientras me acercaba al porche lo pensé. Necesitábamos algún aliciente. Le diría a Edith que debíamos investigar los movimientos de los Matuschek, que sospechaba que el viejo tenía secuestrada a su mujer, que existía algún misterio, que juntos lo resolveríamos, que si venía conmigo al día siguiente, contemplaríamos el panorama desde Primrose Hill, pero entonces ella abrió la puerta, me miró con aquella mirada torva suya, mientras se abrochaba los botones, su detestable bata de boatiné, y me dijo:

—Haz el favor de limpiarte las suelas, Gabriel, por Dios. Lo estás poniendo todo perdido de barro.

LITURGIA PARA MUJERES DESPECHADAS

Nora Méndez, como si siguiera una liturgia para mujeres despechadas, tenía un plan. Tres veces por semana disfrazaba su desánimo con brillos de Nochevieja; eran vestidos comprados años atrás en Renzo's o en D'Alessandro, rescatados ahora del desahucio del armario, prendas anticuadas pero aún solventes, capaces de transformar a Nora, de dotarla del blindaje suficiente para pasar esas noches en el Gran Casino San Cayetano, un tísico edificio anaranjado, mermado por el cambio de estaciones y el efecto del salitre. Óscar, su marido, un abogado especializado en desahucios, había sido muy desconsiderado al abandonarla a principios de marzo por Mónica, la vecina hermosa e insustancial de la casa de al lado, la esposa de Marcelo Lax, un actor de doblaje tan educado como arrogante. No había habido distanciamiento o desapego previo, al menos que ella se hubiera dado cuenta, ni señal alguna que pudiera haberle hecho sospechar la fuga (ni una mancha de carmín en la camisa, ni una excusa poco creíble para una pulsera hallada en un bolsillo, tampoco ausencias poco justificables en fechas señaladas), sólo una esquelética nota de despedida fijada a la nevera con un imán en forma de manzana. Nora soportaba su visión como si fuera una penitencia, un mortificante cilicio de celulosa. Meses después el papel permanecería aún allí, grisáceo, como una víscera en descomposición.

Al principio pensó que era una broma. Ese era el estilo de Óscar. Le había gustado por eso. Por eso y por su vida templada de ama de casa. Pero ahora tenía cuarenta y cinco años, su marido la había abandonado y la sustancia de su enamoramiento ya no le hacía gracia.

Durante las tres o cuatro semanas posteriores a la deserción de su ingrato marido, Nora Méndez no salió de su casa, prefirió plegarse a las convenciones del duelo, como si en realidad Óscar hubiera muerto y ella fuera su viuda

doliente. Aquella temporada pensó mucho en Marcelo Lax, en todas esas cosas que tenían en común, como el hecho de que ambos se hubieran visto de pronto condecorados con la dudosa insignia del abandono conyugal. Marcelo le telefoneaba a diario buscando su colaboración y le preguntaba si había recibido noticias de Óscar o de Mónica, o de ambos, aunque fuera una mínima pista, alguna presunción, un pequeño rastro de su paradero.

—¿De verdad que no te ha llamado?

—Ya te he dicho que no. ¿Para qué te iba a mentir? —Las respuestas de Nora eran secas y desafiantes. En realidad no creía que pudiera obtener beneficio alguno del empeño de Marcelo, así que le dispensaba la condescendencia con la que se trata a los niños o a los viejos.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Puedo hacer algo por ti? —solía interesarse él.

—No, Marcelo, ¿qué podrías hacer? Te lo agradezco.

—Me estoy planteando irme de viaje un día de estos, voy a ir a buscarla, Nora, no sé qué hacer sin Mónica. ¿Me avisarás si sabes algo?

Pero a Nora Méndez le pareció que Marcelo andaba perdido, equivocado, y no se mostró dispuesta a escarbar en el deshonor, ni pareció apreciar la solidaridad ni los desvelos del marido de Mónica, así que las llamadas de Lax se fueron diluyendo en el abdomen metálico de su contestador automático.

Más adelante, el desconcierto de Nora Méndez fue mudando en rencor, así que decidió renunciar a la apatía inicial y se dispuso a inaugurar un intensivo programa de resarcimiento, en el que vengarse de Óscar fuera el objetivo principal. Durante un tiempo, sin embargo, sus acciones resultaron todavía tímidas y adolescentes, como si en materia de desagravio Nora no aspirara a más que un escuálido aprobado. Primero cambió tibiamente los muebles y enseres de la casa: sustituyó la cama conyugal por otra de diseño mucho más moderno y despreocupado, se deshizo del sillón reclinable que Óscar solía utilizar para sus siestas en el salón; cambió alfombras y cortinas, renovó vajillas, menaje de cocina y utensilios de baño; luego recopiló y donó a la beneficencia la ropa y otros objetos (la máquina de afeitar, su colección de estilográficas, los libros que habían sido suyos antes que de ambos) que Óscar no se había llevado en su indigna marcha. Más tarde, a instancias de su amiga

Elisa Medalho, Nora probó suerte con un desinhibido curso de bailes de salón: el mambo, la rumba, el bolero, incluso el vehemente tango, atemperaban un tanto su rencor, pero al regresar a su casa lo encontraba de nuevo, terco y pegajoso, instalado y cómodo en cualquier parte: concentrado como una esencia en el recibidor, impregnando el garaje, rociando las plantas y las flores del jardín, apoyado contra el muro de la casa de Marcelo Lax.

Si lo pensaba, con Óscar nunca había bailado. Los abogados no bailan, le había dicho en una ocasión, la pereza enquistada en el dormitorio.

No fue hasta seis meses después de la marcha de Óscar, a principios de septiembre, que Elisa Medalho, convertida en el hada madrina de sus desquites, le habló del Gran Casino San Cayetano. Hasta ese momento las salidas de Nora carecían de verdadera historia y no eran dignas de ser mencionadas.

—¿Sabes? No sé cómo no había pensado en ello antes. El casino está siempre repleto de hombres interesantes. Algunos pasan primero por las mesas de juego, apuestan un poco, y luego se entretienen un poco más en el bar. Suelen ir solos, tal vez los haya casados, pero debería darte igual. Piensa en ello, creo que es lo que te hace falta. Sal, conoce hombres. No lo pienses, Nora, y olvídate de Óscar.

Nora vio reflejada en las pupilas de Elisa una larga fila de hombres que esperaban para resarcirla de su orfandad sentimental, la oportunidad de una ley del Talión que aplicar a Óscar, como si para hacer honor a la justicia tuviera que corresponder a su marido con un nutrido y diverso elenco de promiscuidades.

Los primeros días acudió al Gran Casino San Cayetano todavía acompañada por Elisa. El lugar formaba parte de un acomplexado hotel en que se solía alojar gente de paso en la ciudad. Gracias a Elisa, Nora Méndez descubrió la rutilancia de la sala de juegos, el fulgor de la laca negra de las mesas, el vanidoso claqué de la bola rodando en la ruleta. Tras un entrenamiento, un par de semanas en que ambas se pasearon y confraternizaron con algunos de los hombres con los que coincidieron en las mesas de juego o en el bar, Nora inauguró su puesta de largo en solitario. Primero se paseaba

por la sala de juegos. No solía obtener ninguna suma remarcable; a cambio, tampoco gastaba demasiado. Se limitaba a flirtear durante un rato con las máquinas tragaperras: la cascada mineral de las monedas suavizaba su desamparo y, por suerte, las teclas, avaladas por llamativas cerezas, fresas y manzanas, no demandaban ninguna pericia por su parte. Había probado antes con el *black jack* y los dados, pero eran juegos que requerían de una destreza de la que ella carecía y que no estaba dispuesta a simular. Luego se dejaba caer por el bar, por el que desfilaban ejecutivos, pilotos de aerolíneas de escala en la ciudad, viajantes de comercio, hombres de paso hacia lugares diversos. Nora se apropió desde el principio de una mesa con buena visibilidad, con un banco de escay granate a lado y lado, junto a uno de los ventanales que daban al jardín del casino. Pedía alguna que otra copa, la combinación de licores le otorgaba un notable nivel de osadía.

Así se iniciaban sus encuentros. Una mujer sola que acepta la invitación a una copa de un hombre educado y solícito, solo también, exiliado de su ambiente, lejos de su casa, a veces de su familia. Nora tendía su sutil tela de araña y la mayoría de ellos sucumbía con unas pocas frases de acercamiento, cada conquista una condecoración en su falsa lista de adulterios. Así que esas escapadas al Gran Casino eran una coartada para encontrarse con hombres cuya compañía deshojaba como tréboles de la suerte. El resto del encuentro se desarrollaba en casa de Nora; a veces era sólo en el dormitorio; otras, las efusiones amorosas se repartían también por otras estancias, como el baño o el comedor. Nora había dejado dosificadas por la casa algunas fotos enmarcadas de Óscar. No era justa con sus conquistas, mentía al respecto de su situación al decirles que un accidente de coche le había traído una viudez prematura; algunos de esos amantes eventuales hallaban en esa circunstancia un acicate; otros parecían incomodarse, como si el supuesto difunto estuviera presente y fuera en cualquier momento a pedirles cuentas. Al menos, Nora no les exigía nada ni esperaba que volvieran después de esa noche. A veces dejaba que llegara la mañana, que se entretuvieran un poco, que se hicieran café, o leyeran el periódico, que el aroma de la taza o la tinta del diario expulsaran de su vida el fantasma envilecido de Óscar. Así había conocido, entre otros, al

piloto Ismael Gambino, o a Félix Milar, dueño de una cadena de tiendas de electrodomésticos. Sin embargo, las victorias eran rancias y mezquinas, en el fondo sus conquistas no le proporcionaban ninguna recompensa, ni aplacaban su rencor hacia Óscar ni hacia Mónica.

Una tarde agrisada, la cafetería del San Cayetano estaba falta de gente. La inminencia de una tormenta de invierno parecía haber intimidado a los clientes, así que Nora abandonó pronto el salón y ocupó sin gran ánimo la mesa de siempre. Pensó en quedarse un rato y luego marcharse a casa, antes de que la lluvia se convirtiera en un estorbo. El camarero —un hombre enjuto que parecía haber nacido con el edificio— se acercó y le dejó una copa de vino sin que ella le hubiera pedido nada.

—Parece que hoy podremos cerrar pronto —dijo—; se humedeció los labios. Nora vio en ello un gesto malintencionado.

—Gracias. Enseguida me voy —lo dijo marcando las palabras, como dándose por enterada del insidioso comentario del hombre.

El camarero reuló y volvió sobre sus pasos. Nora miró a través del ventanal. Obtuvo una visión desazonadora del jardín. Parecía que ese terreno húmedo y frondoso se hubiera quedado congelado, ajeno a todo, mientras fuera, en la calle, el tiempo y las cosas se transformaban con la velocidad de la luz. De pronto, Nora notó que alguien se aproximaba y tomaba asiento frente a ella. Oyó con desagrado el crujido del escay del asiento bajo el peso de un cuerpo. Intuyó al camarero tomándose una familiaridad que no le correspondía. Casi notó su aliento. Se giró. Sin embargo, detrás de aquella barba y del aspecto basto y desaliñado lo que reconoció fue el rostro familiar de Marcelo Lax.

—¿Marcelo...?

—¿Qué hay, Nora? ¿No te importa que me siente, verdad?

Nora se encogió de hombros. Intentó recordar cuánto tiempo hacía que había hablado con él por última vez.

—Creí que estabas fuera, que te habías ido de viaje.

—Así era, pero he vuelto.

—¿Y cómo te ha ido?

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

Nora asintió. Bebió un sorbo de su copa. Intentó avanzar mentalmente al relato de Lax. Imaginó un periplo de bar en bar. Lo ubicó en miserables moteles de carretera, durmiendo siempre con la ropa puesta.

—No sabía que te gustara el vino. —La voz de doblaje de Marcelo Lax hizo regresar a Nora de su ensoñación.

—No me gusta, pero me resulta útil —contestó, como si hablara de una herramienta. Luego cayó en la cuenta de que su afición por el casino era posterior a su última conversación con el hombre—. ¿Puedes decirme cómo has sabido que estaba aquí?

—Échale la culpa a tu amiga Elisa Medalho. Verás —Marcelo se retrepó en el asiento—, he ido a tu casa, quería hablar contigo. Y me la he encontrado. Ella también iba a verte. Se acordaba de mí. Le he preguntado dónde podría localizarte... *et voilà*...

—Elisa tiene la lengua muy larga.

—Le dije que era cuestión de vida o muerte.

—¿Y lo es?

—Según se mire.

Nora le dio un sorbo a su vaso. Se preparó para lo peor. Marcelo Lax era la última compañía que deseaba tener esa tarde. Antes de que Óscar y Mónica se fueran ella siempre había considerado su relación como un mero accidente geográfico, una cuestión de simple vecindad. El camarero avanzó hacia ellos, pero Nora le hizo un gesto con la cabeza para que no se acercara. Valoró la posibilidad de levantarse y marcharse. Marcelo se reclinó hacia delante, se apoyó en la mesa como si fuera a contarle algo confidencial. Luego dijo:

—Les encontré.

—¿A quién?, ¿de quién me estás hablando? —A Nora le pareció que se estaba refiriendo a alguien muy lejano.

—¿Tú a quién crees? A ellos. A Mónica. A Óscar. En Londres. Se habían ido a Londres. ¿No quieres saber cómo lo he averiguado?

—Francamente, me trae sin cuidado. —Nora pensó en todas esas veces en que había corrido al llegar a su casa, creyendo haber oído el sonido del

teléfono, el eco de la voz de Óscar echándose a perder por el pasillo.

—No te creo.

—Está bien —suspiró—. ¿Cómo los has encontrado?

—No fue fácil. Al principio busqué por todo San Cayetano, pregunté a las amigas de Mónica, que nunca sabían nada; luego di algunos tumbos, estuve aquí y allá, no seguía ninguna pauta concreta, no tenía ni idea de dónde podían haber ido. Pero luego se me ocurrió. La hermana de Mónica vive en Londres, está casada con un empleado de la embajada. La llamé, pero no quiso decirme nada. Pensé que esa ciudad era un buen lugar para ellos, para instalarse, con alguien conocido que les pudiera echar una mano, si fuera el caso. —Marcelo tragó saliva—. Así que allí me fui. Hice guardias frente a la casa de la hermana hasta que por fin apareció Mónica de visita. Luego la seguí hasta que se encontró con Óscar en una cafetería del centro de Londres; más tarde vi cómo entraban en la que imagino que será su nueva casa, en Hampstead, hacia el norte.

Nora imaginó a Marcelo comportándose como un espía, como un vulgar matón de película, encogido en un asiento del metro, mimetizado con un tronco de árbol. Marcelo tosió. Se subió el cuello de la gabardina como si el frío exterior se hubiera colado por la ventana. Luego se tocó la frente y volvió a dirigirse a Nora como si le hiciera una revelación.

—Treinta y nueve.

—¿Cómo?

—De fiebre. Treinta y nueve. Creo que me muero.

—No dramáticos. Lo que te pasa es que has bebido demasiado.

Las lámparas del local parpadearon, un signo de la tormenta que se avecinaba. Los destellos de luz hicieron el rostro de Marcelo aún más macilento. El hombre se pasó la mano por la barba. Fijó su mirada en el cuerpo de Nora, en su busto.

—Te sienta bien ese vestido. ¿Es nuevo?

—No, no lo es.

—¿No me vas a preguntar cómo están, cómo les vi, si hablé con ellos o no?

—De veras que no me importa. Para mí Óscar está muerto. Muerto y enterrado.

—Oh, vamos, ¿a quién quieres engañar? «Nora, viuda de Óscar Méndez».
—Movié la mano cómo si señalara un gran cartel en la fachada de un cine o de un teatro.

Ella empezó a impacientarse. Marcelo estaba invocando al fantasma de Óscar. Y Óscar, se dijo, ya no era nada para ella. ¿O sí lo era? ¿Acaso no estaba su comportamiento a la patética altura del de Marcelo? ¿A quién intentaba engañar? Marcelo —pensó—, al menos, no escondía nada.

Lax volvió a tocarse la frente.

—¿Has venido hasta aquí para que te ponga el termómetro? —dijo ella.

—Déjame, Nora, déjame. Tú no lo entiendes.

Marcelo se tapó la cara con las manos. Ella miró otra vez por la ventana. La tarde se decantaba densa y blanda como mermelada. Aún había luz, pero la lluvia no tardaría en llegar agrisándolo todo.

—Está bien. —Nora suspiró y se giró; luego le preguntó, le hizo esa concesión—. ¿A qué se dedican?

—Y yo qué sé. No he hablado con ellos.

—Acabáramos. ¿Para eso has ido hasta Londres?

—Yo al menos lo he intentado. Aunque no haya tenido valor más que para espiarlos. ¿Puedes decirme qué has hecho tú? —Marcelo marcaba sus palabras golpeando la mesa con el dedo índice.

Nora hizo repaso mental de todos los Ismael Gambino, de los Félix Milar, de su ansia de venganza, y entonces sus devaneos le parecieron pueriles e inútiles y odió por ello a Marcelo Lax.

—No eres mejor que yo, Marcelo.

Pero Marcelo no la escuchaba. La miraba bobalicón, con una sonrisa de boxeador tonto. De pronto dijo:

—¿Y si nos acostamos?

Primero, Nora no replicó, luego inclinó el tronco hacia delante y contestó:

—No te lo tomaré en consideración. —Nora lo dijo con indulgencia, como alguien que confraternizara con la desesperación de un amigo.

—No te andes con remilgos. —Lax acercó su rostro al de ella hasta que le arañó la mejilla con su barba.

—¿Eso piensas de mí? —Ella le empujó con suavidad hacia atrás—. Vete a casa, Marcelo, estás borracho.

—¿Y si te lo pido por favor? —Lax volvió a pegar la espalda al escay del asiento.

Nora lo consideró por un instante, en el fondo no sería muy diferente de acostarse con esos desconocidos; Milar y Gambino habían tenido suerte, sus nombres permanecían en su memoria, de la mayoría no retenía el rostro ni siquiera. Él escondió la cabeza entre las manos. Ella vaciló, luego le acarició el pelo como lo haría con un niño.

—Anda, vamos, te llevo a casa.

Salieron al petrificado jardín. Al otro lado de la verja esperaba dócil el Nissan de Nora. El aire que llegaba desde el mar doblegaba las ramas de los árboles y humillaba sus troncos. Avanzaron en silencio camino del coche. Nora miró hacia atrás, la silueta del edificio parecía sucumbir frente a la borrasca. Cayeron las primeras gotas. El casino, su armadura protectora, se había resquebrajado. Luego miró a Lax. Le vio arrastrar los pies haciendo saltar la gravilla como si fuera metralla. Los faldones de su gabardina se elevaban, eran gaviotas torpes contra la corriente. Pensó que probablemente era tan digno de lástima como ella misma, un hombre deshilvanado, pero a decir verdad, no le sirvió de consuelo. Se acordó de la nota grisácea y descompuesta colgada en la nevera con el imán en forma de manzana, y su pensamiento convirtió el papel en un gurrño. Luego lo tiró a la basura, como la piel hedionda de una fruta madura.

MUDANZAS

¿Te importaría apartarte para que pueda salir, Soledad? —solía decir Germán Ventura, al principio, en esas ocasiones diarias en que coincidía con su exmujer en el portal del edificio en que vivían ambos.

—Debería dejarte encerrado en el ascensor, Germán, cielo. ¿Cuándo aprenderás que no se puede fumar ahí dentro? —era la respuesta estándar, insolente, de Soledad Iriarte, y en ella procuraba que no se apreciara ni la más mínima traza de rencor hacia él, si acaso la inercia de tantos años discutiendo a causa del humo de su pipa.

El divorcio de los señores de Ventura-Iriarte había llegado al poco de celebrar sus bodas de plata. Las festejaron con una magnífica fiesta en casa, en el piso familiar que entonces compartían todos en su tranquila comunidad de vecinos. Hicieron coincidir el aniversario con la celebración del decimocuarto cumpleaños de su hija Elia. Durante días, no se habló en su círculo de amigos, entre los vecinos, en la peluquería de la que la señora Ventura era clienta, en el departamento universitario en el que trabajaba Germán, de otra cosa que no fuera esa fiesta, de lo bien que había estado todo. De lo felices que se les veía a ambos, a don Germán Ventura y a doña Soledad Iriarte de Ventura. De lo linda y crecida que estaba Elia. Después se divorciaron.

Cuando el divorcio, el señor Ventura alquiló un piso que había quedado libre pocas semanas antes en la tercera planta del mismo bloque. Elia y su madre seguirían viviendo en la segunda. El señor Ventura explicó a la señora Ventura que así se evitaba una mudanza a mayor escala, todo ese antipático y farragoso trasiego de paquetes y muebles. Soledad Iriarte de Ventura, por su parte, contaba a sus amigas que su exmarido se había quedado en la comunidad con inquina, como expreso ejercicio de sadismo conyugal, para que tuviera que recordar ella todos los días de su vida lo mezquino y tedioso

que había sido su matrimonio. Así, en resumen, el ir y venir de cajas por el ascensor entre las plantas segunda y tercera en aquellos días resultó bastante limitado.

De hecho, el señor Ventura, para ser práctico, se llevó pocas cosas. Entre las cosas que se llevó estaban sus discos, sus libros y su tabaco para pipa. También se llevó a Ringo. Ringo era el perro de la familia, un *bulldog* que había perdido el ojo izquierdo en una pelea de juventud y que conforme había ido envejeciendo se había vuelto un perro bobo y ocioso. La señora Ventura decía en los últimos tiempos de su matrimonio que su marido guardaba gran parecido con el perro, algunas semejanzas físicas y otras que tenían más que ver con su carácter. Ringo ponía a la señora Ventura de los nervios, porque dejaba rastros de baba por todo el piso y porque se lo encontraba donde menos lo esperaba: tumbado en la cocina cuando debía dar instrucciones a la asistente, en el lavabo cuando salía de la ducha, encima de la cama, arruinando la colcha; así que, cuando el divorcio, él se quedó con Ringo y ella se quedó con Elia, ese fue el trato.

El divorcio inauguró una época en la que a menudo se encontraban todos, los tres —los cuatro contando a Ringo—, en el portal, al subir o al bajar del ascensor. Si no había nadie más, la madre de Elia lanzaba al exmarido miradas cargadas de reproche con la intención de intimidarle. Las solía ensayar frente al espejo, a ratos perdidos, mientras usaba el hilo dental o se perfilaba las cejas. Lograba empequeñecerlo. El profesor de universidad Germán Ventura se hacía infinitamente pequeño frente a Soledad, mientras ella le endosaba un discurso sobre las obligaciones económicas de los exmaridos, sobre los gastos que supone una hija adolescente, sobre la impertinencia de la asistente, sobre lo molesto del humo de su pipa. En esas ocasiones, Elia se solía agachar para acariciar a Ringo, cuyo ojo superviviente lagrimeaba, como si fuera el único que lamentara el curso que habían seguido las cosas. Según ella misma comentaba a sus amigas, Elia se alegraba de tener a su padre por vecino. Así podía ver a Ringo a menudo.

Uno de esos días —ya habría pasado un año del divorcio— Germán aprovechó la coincidencia para informar a su exmujer y a su hija de que debía

ausentarse tres o cuatro días de la ciudad, tenía que asistir a un congreso. En ese momento, Soledad, quién sabe por qué, sintió una agria punzada en la boca del estómago. No vería a Germán en unos días. Después de tanto tiempo. «Pero, qué tontería —se dijo—. Estamos divorciados». Se sacudió la melena castaña, recién peinada en la peluquería, como para espantar la aflicción por una ausencia que aún no se había producido. «Bah, qué estupidez».

—Quería preguntaros si os podéis quedar con Ringo. No os dará guerra, sigue igual de tranquilo —dijo Germán.

—Vaya, así que a un congreso. ¿Te llevas a tu secretaria?

Germán ignoró el sarcasmo de su exmujer.

—Si te va mal, se lo puedo pedir a Emma Menner, ya la conoces, la vecina del quinto. Se ha ofrecido más de una vez a cuidar del perro si hacía falta.

—No, por Dios —zanjó Soledad Iriarte—. A Elia le gustará mucho tener a Ringo en casa de nuevo. Además, yo misma me quedaré más tranquila.

Cualquier cosa —pensó— antes que dejar a Ringo con *esa* vecina.

Fue justo a la vuelta del profesor Ventura, después de esos días de ausencia, cuando Soledad Iriarte empezó a hacer coincidir sus salidas para la peluquería, para tomar el té con sus amigas, con las horas de regreso de su exmarido de la universidad, de la editorial con la que colaboraba, y a programar sus propias entradas en el portal según las horas de salida de Germán hacia su trabajo o hacia su club de la pipa. De esta manera, los ires y venires de la señora Iriarte, antes de Ventura, se regían por una medida coreografía, precisa, cronometrada. Tanto era así que llegó un momento en que ya no tenía tiempo para ir a la peluquería, ni para ir de compras por las boutiques; debía estar preparada para subir o bajar al portal según conviniera.

Más o menos esa fue la misma época en la que Germán empezó a vestir camisas más juveniles, con pantalones impecables, bien planchados. Olía a perfume varonil y ya no le colgaba del labio inferior su pipa inseparable. Fue Elia la primera en notar que su padre tomaba sesiones de UVA para estar bronceado. También fue ese el tiempo en que Soledad empezó a tomar somníferos para dormir. Los guardaba, para que Elia no los viera, en un departamento de su bolso.

En una de esas ocasiones ya no tan casuales se encontraron los dos —sin Elia, sin Ringo— en el descansillo del edificio. Germán volvía de sus clases y Soledad hizo ver que regresaba de la compra. Había remoloneado frente a un escaparate hasta que vio con el rabillo del ojo a su exmarido a punto de entrar en el portal. Se rió, nerviosa, y preguntó a Germán por su trabajo, una manera como otra de entablar conversación. Germán la saludó de manera cortés, fría. No le hizo notar que iba calzada con las zapatillas de estar por casa. En cambio, aprovechó para decirle que en unos días se iba a mudar de casa. Había encontrado un piso muy conveniente, situado junto a la universidad, así no iba a tener que perder tiempo en desplazamientos. Siempre le había gustado ir caminando a los sitios, recordó Soledad. Se llevaría el perro. En caso de necesidad, su ayudante, Julia, podía hacerse cargo sin problemas de Ringo.

El día anunciado, temido, Soledad siguió por la mirilla el trasiego de los operarios de la empresa de mudanzas. Germán Ventura les daba órdenes, moviéndose con soltura entre cajas blancas muy bien precintadas. Llevaba una camisa hawaiana, de colores muy alegres. Soledad no se la había visto nunca.

Desde el comedor, escondida tras el visillo del balcón, Soledad atendió a las últimas instrucciones que Germán daba al conductor del camión, aparcado en la calle, frente al portal. Germán gesticulaba con autoridad. Cuando el camión, cargado con las pertenencias de Germán, arrancó, Soledad se sentó en el sofá. Se sentía cansada, muy cansada. Elia se sentó a su lado.

—¿Te encuentras bien, mamá?

Intentó retener el rostro de Germán, pero se le había ido haciendo más borroso por momentos, como si se hubiera ido también de mudanzas, como si se desvaneciera en el aire como el humo de su pipa.

—Sí, hija, no te preocupes, es sólo que no puedo dejar de pensar en Ringo. Allí donde va se va a sentir solo, muy solo —le dijo. Luego lloró.

*

«Mudanzas» resultó finalista del XXI Certamen Literario de Relato Corto
Joaquín Lobato, Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2007.

ZONA DE SOMBRILLAS

Durante aquel verano mi mujer y yo pasamos las mañanas de los domingos en la piscina de San Cayetano. Madrugábamos para conquistar un buen sitio en la zona de sombrillas, como si con nuestro esfuerzo obtuviéramos una recompensa en forma de mullidas hamacas. Luego edificábamos una trinchera, un refugio sucinto y quebradizo a base de parasoles y toallas. El último domingo de la temporada, Irene, mi mujer, se había empeñado en que le enseñara a nadar. A mí no me interesaban las piscinas, no encontraba ningún aliciente en tumbarme al sol ni en bañarme en aquel sitio, pero a ella le confortaba estirar su cuerpo maltrecho en una de aquellas tumbonas. Yo lo consideraba una concesión inocua a su reciente enfermedad; una compensación por las largas y dañinas sesiones conectada a un gotero.

Las horas que permanecíamos allí, Irene leía la prensa local o escuchaba la radio con sus minúsculos auriculares. Le gustaba estar al día de las noticias de San Cayetano: incendios, suicidios, desahucios, un variado catálogo de penurias y sucesos que hacían de su problema una contrariedad carente de sustancia. A mí, lo que pasaba más allá, en el resto del mundo, apenas me interesaba. Me limitaba a mirarla, a extenderle la crema protectora por el territorio de piel que dejaba libre el bañador que se había comprado, un antipático modelo con un hueco para albergar su prótesis mentirosa: el disfraz solidario de su asimetría. Me acongojaba ver aquella prenda maltrecha, su hechura delatora, pero no decía nada. La cobardía, a veces, es un estado de ánimo necesario.

Yo, la verdad, no sé cómo se enseña nada, pero pensé que esa lección acuática podría ser un entretenimiento para hacer de ese día —la víspera de sus nuevas pruebas médicas— algo llevadero. Si lo pensaba bien, era de lo poco en lo que yo la podía ayudar.

Cuando llegamos, la piscina acababa de abrir, así que pudimos elegir las

hamacas que mejor nos parecieron. Dejamos las bolsas en el suelo y nos sentamos sin mucho miramiento. El verano empezaba ya a mudar de piel. Pronto la piscina cerraría hasta el verano siguiente. El agua se volvería de un verde cenagoso, flotarían en su superficie bolsas de plástico, envoltorios de comidas, restos de *picnics* veraniegos. Pasaba cada año. El agua presentaría una densidad musgosa, como si la piscina se hubiera tragado a los bañistas, a familias enteras que continuaban sus vidas en aquel fondo pantanoso. Un invierno se ahogó allí un poni. Salió en las noticias.

—¿Nos vamos ya al agua? —me urgió.

—Calma, tenemos todo el día. ¿Has traído todo lo que necesitas? — Esperé una respuesta sin demasiada atención.

—¿Qué crees, que se me olvidan las cosas? Pues no, pero ahora repaso la bolsa.

Arrastró el cuerpo hacia un extremo de la hamaca. Me pareció irritada. Había perdido la agilidad en un brazo, de vez en cuando hacía ejercicios gimnásticos para evitar que se le hinchara. Luego metió la mano en la bolsa, aquel averno de cosas estrambóticas. Fue sacando su contenido, objeto por objeto. Los iba depositando en el suelo, como un vendedor de mercadillo; los nombraba, me pareció que se cercioraba de que era eso, lo que nombraba, y no otra cosa, lo que sostenía en la mano. Desde la operación se había vuelto más quisquillosa.

—Crema protectora..., pinza para el pelo..., pareo...

—¿Has cogido las toallas?

—Cállate, no me interrumpas.

Consideré que no era justa conmigo, pero no se lo tuve en cuenta. Lo atribuí a la preocupación por las pruebas del día siguiente, como cada vez que tenía un control, a la angustia que acumulaba desde hacía días, ese coágulo de miedo que mancillaba el espacio que hasta hacía unos meses ocupaba su pecho izquierdo. Nos lo habían explicado los médicos con minuciosidad de enciclopedia, pero aún no habíamos aprendido a convivir con el miedo. Únicamente podíamos tocar madera y confiar en que los controles periódicos pasaran con la liviandad de una gacela.

—Y sí... saco las toallas, aquí están.

—Y ¿por qué las pones en el fondo de la bolsa? —observé—. Deberían estar arriba del todo, para sacarlas lo primero.

—¿Ah, sí? Mira qué listo, y ¿por qué no preparas tú las cosas?

Me tiró una toalla con su escasa fuerza. Luego me sonrió y me sacó la lengua. No supe si coqueteaba o si estaba enfadada conmigo. Cogí la toalla al vuelo y la extendí sobre la hamaca.

Untó sus dedos con crema protectora y se la extendió por la cara. Me pareció que había pasado un siglo desde el primer día que la acompañé al hospital. Ese día parecía serena, como si no le fueran a hacer ninguna prueba. Cuando salimos, trató de explicarme lo que le habían hecho, movía las manos imitando la forma de los aparatos, pero a mí me pareció que hacía castillos en el aire. A última hora de la tarde, cuando ya estábamos en casa, el médico telefoneó. Los resultados no habían sido buenos. Luego le dio día y hora para la operación.

Yo no conocía los términos. Supuse que tendría que esforzarme, hacer de todo algo más sencillo. Me prometí que cuando todo acabara la llevaría de viaje, pero la piscina de San Cayetano era lo más lejos que habíamos llegado a salir.

—El flotador, no veo el flotador.

—¿El flotador?

—Sí, el flotador de Phileas.

—No me digas que has traído el flotador de Phileas... —Phileas era nuestro hijo de cinco años. Pasaba unas semanas con la madre de Irene, habíamos aprovechado las vacaciones escolares para alejarlo de la enfermedad. Su flotador tenía la forma de un cocodrilo romo e inofensivo.

—No... no está.

—No necesitas ese trasto para nada.

—Claro que sí. No sé nadar. Si lo hubiera traído me apoyaría en él y podría mover mejor las piernas. Con eso y con lo que me enseñases aprendería a nadar.

—Pero, ¿cómo quieres que te enseñe a nadar?, ¿con un cocodrilo

hinchable? No te hace ninguna falta, no seas ridícula.

Se puso de pie y se balanceó de un lado a otro, los brazos en jarras le daban un aire de desafío. Pensé que se había mareado y que se caía, salté para ayudarla, pero me apartó de un manotazo y volvió a sentarse en su tumbona.

—Claro que me hace falta. Sin flotador me hundiré. ¿No lo entiendes? Me hun-di-ré.

Volvió a ponerse de pie. El recinto se había ido poblando de familias, de grupos de adolescentes. Algunos bañistas surcaban la piscina con entusiasmo marítimo.

—Voy a bañarme. Tal vez me ahogue. Pero si no quieres bañarte conmigo no te preocupes, no hagas nada.

Nada. No hacer nada. Era de lo que ella me podía acusar. Yo atribuía todo a su enfermedad, su malhumor, sus desplantes. Pero ¿qué sabía yo de su enfermedad? Mi profesión de abogado no me reportaba grandes conocimientos sobre anatomía, ni sobre el universo cerril de las patologías humanas. Conocía escasamente algunas palabras, sufijos que contenían el germen de inflamaciones perversas, vocabulario médico doméstico; analgesia, neoplasia, linfa, me parecían más bien nombres adecuados para animales mitológicos.

—¿Quieres que te acompañe mañana? —pregunté.

—No hace falta.

—Puedo ir. Soy mi propio jefe. No tengo que pedir permiso a nadie.

—Puedo ir sola, no te preocupes. —Me alargó su mano—. Vamos, vamos al agua, ¿qué tengo que hacer?

—Está bien. Cuando entres en el agua, te colocas boca abajo. Yo te aguantaré por la cintura.

—Estás loco, ¿cómo me vas a aguantar?

—Pasaré un brazo por debajo, y tú te deberás mantener estirada.

Observé cómo se ajustaba la parte superior del bañador, estiró de los tirantes hacia arriba con un movimiento de derrota.

—¿Ocurre algo?

—Se me mueve la prótesis.

Quise quitarle importancia, abordar la situación con naturalidad dictando

una conferencia sobre la diversidad de copas de sujetador, pero Irene lanzó mis palabras al cubo de la basura como mondas de manzana.

—Venga, no te enfades. Vamos al agua.

—Me hundiré.

—No te hundirás. Ten confianza.

—No estoy preparada.

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿No querías aprender a nadar?

—Me da miedo el agua.

—No sabes nadar, eso sí debería darte miedo.

—Y además se me mueve la prótesis.

—No te la habrás puesto bien.

—Tú qué sabrás, tú no sabes nada.

Me giré hacia mi izquierda. Las hamacas más próximas a las nuestras habían sido ocupadas por una familia. Una familia feliz, con un niño pequeño que me recordó a Phileas. Odié aquella estampa de despreocupación, la indolencia de la mujer pintándose las uñas de los pies, la firmeza del padre ajustando el flotador rosado del pequeño.

—Sí sé. Sé que no necesitas ese cacharro para aprender a nadar.

—Claro que sí. Soy una lisiada.

A continuación, me dijo que me esperaba en el agua y se dio media vuelta. La vi dirigirse con determinación hacia la piscina pero se detuvo en seco junto a la odiosa familia. La madre se había estirado en su tumbona, tomaba el sol boca arriba. El padre y el niño jugaban con una pelota. Irene se agachó, me pareció que arrancaba briznas de hierba, pero creo que sólo disimulaba, porque entonces cogió el flotador, la burbuja de corcho rosa que un rato antes ceñía la espalda del pequeño y se alejó a paso ligero. La seguí con la vista. Bajó las escalerillas de la piscina, y se adentró hacia la zona más honda. Tuve que ponerme la mano como visera para distinguirla allí, rodeada de toda aquella gente, de toda aquella agua que en breve se volvería verde y estancada. Chapoteaba como un perro, aferrada al flotador. Siguió avanzando hasta que el agua le llegó por el cuello. Luego, de repente, desapareció, dejé de ver la burbuja rosa y ovalada manteniéndola en la superficie. Me acordé

del poni, hinchado y violeta. Luego pensé en rayos X, en analíticas y ecografías, en pinchazos inmisericordes. Todo eso esperaba a la vuelta de la esquina, con su implacable veredicto, como si Irene fuera una acusada y los médicos los jueces que pudieran condenarla o darle la absolución. Quise llamarla, decirle que me esperara, que enseguida la sostendría, le enseñaría a nadar. Abrí la boca, pero no salió de ella ni un sonido, ni un mínimo, esquelético hilo de voz.